

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIAO

PANTALEON Y LAS «ASESINADORAS»

*Frank
Caudett*



Sonia Yarza estaba tirada en un ángulo de la estancia.

Acurrucada y encogida contra la pared.

Temblando.

—Lo que habéis hecho conmigo es una canallada —disparó de un tirón, como temiendo que de hacerlo despacio no llegara a consumir la frase. Apostillando—: ¡Tú eres un canalla, Lou!

El tipo soltó una risotada con varios matices. Escarnio, ofensa, desprecio y repugnancia.

—Das asco, chica.



Frank Caudett

Pantaleon y las asesinadoras

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1711

ePub r1.0

Lds 01.03.19

Título original: *Pantaleon y las asesinadoras*

Frank Caudett, 1983

Cubierta: Pujolar

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



A Mario Vargas Llosa

SVGPPFA

Parte número tres

ASUNTO GENERAL: Servicio de Visitadoras para Guarniciones, Puestos de Frontera y Afines (svgppfa). ASUNTO ESPECIFICO: Propiedades de la manteca de bufeo, del chuchuhuasi, el cocobolo, la clabohuasca, la huacapuruna, el ipururo y el viborachado, su incidencia sobre el svgppfa, experiencias realizadas en la persona del suscrito y sugerencias que hace el mismo. CARACTERISTICAS: secreto. FECHA Y LUGAR: Iquitos, 8 de septiembre de 1956.

El suscrito, capitán EP (Intendencia) Pantaleón Pantoja, jefe del SVGPPFA, respetuosamente se presenta ante el general Felipe Collazos, jefe de Administración, Intendencia y Servicios Varios del Ejército, lo saluda y dice:

1.º. Que en toda la Amazonia existe la creencia de que la variedad colorada del bufeo (pez-delfín de los ríos amazónicos) es un animal de una considerable potencia sexual, la misma que lo induce, con ayuda del demonio o espíritus malignos, a raptar cuanto mujer puede a fin de satisfacer sus instintos, adoptando para ello una forma humana tan varonil y apuesta que ningún ente femenino se le resiste. Que debido a dicha creencia se ha generalizado esta otra: que la manteca de bufeo incrementa el espíritu viril y hace al varón irresistible a la hembra, siendo por eso un producto de enorme demanda en tiendas y mercados. Que el suscrito decidió hacer personalmente una verificación, a fin de determinar en qué forma esta creencia folklórica, superstición o hecho científico, podía incidir en el problema que ha originado y cimenta la existencia del Servicio de Visitadoras y poniéndose manos a la obra, solicitó a su señora madre y a su señora esposa, bajo pretexto de receta

médica, que durante una semana todas las comidas del hogar fueran elaboradas únicamente a base de manteca de bufeo, con los resultados que expone:

2.º. Que a partir del segundo día el suscrito experimentó un aumento brusco del apetito sexual, acentuándose la anomalía en días sucesivos al punto de que en los dos últimos de la semana, los malos tocamientos y el acto viril fueron las únicas reflexiones que ocuparon su mente, tanto de día como de noche (sueños, pesadillas), con grave perjuicio de su poder de concentración, sistema nervioso en general y efectividad en el trabajo. Que en consecuencia se vio en el imperativo de solicitar de su esposa y obtener de ella, durante la semana en cuestión, un promedio de dos veces diarias de relaciones íntimas, con el consiguiente fastidio y sorpresa de la misma, puesto que el suscrito acostumbraba tener relaciones de intimidad matrimonial a un ritmo de una vez cada diez días antes de venir a Iquitos, y de una cada tres después de llegar, porque debido indudablemente a factores ya identificados por la superioridad (calor, atmósfera húmeda), el suscrito había registrado un aumento del impulso seminal desde el mismo día que pisó el suelo amazónico. Que, al mismo tiempo, pudo comprobar que la función afrodisíaca de la manteca de bufeo se registra sólo sobre el varón, aunque no puede descrestar que su cónyuge, afectada por el estímulo en cuestión, lo disimulara con mucho carácter por el natural sentimiento de pudor y corrección que toda dama que merece este apelativo, como el suscrito tiene a orgullo decir es el caso de su digna esposa:

3.º. Que en su afán de no escatimar esfuerzos para el mejor cumplimiento que la superioridad le ha encomendado y aun a riesgo de su salud física y de la estabilidad familiar, el suscrito decidió igualmente probar en su persona algunas de las recetas que la sabiduría y la lujuria popular loretananas proponen para el retorno o el refuerzo de la virilidad, vulgarmente llamadas, perdón por la expresión, leva nía muertos o peor todavía, parapingas, y dice sólo ALGUNAS, porque en esta región de la Patria la preocupación por todo lo que se refiere al sexo es tan acuciosa y múltiple que hay, literalmente, millares de compuestos de este tipo, lo que hace imposible, aun con la mejor buena voluntad, que un individuo aislado pueda agotar la lista ni siquiera estando dispuesto a inmolar su vida en la experiencia. Que el suscrito tiene el deber de reconocer que se trata de sabiduría popular y no de superstición: ciertas cortezas empleadas para preparar cocimientos que se beben con alcohol, como el

chuchuhuasi, el cocobolo, la clabohuasca y la huacapuruna, producen un escozor viril instantáneo e interminable que nada, salvo el mismo acto de la hombría, pueden aplacar. Particularmente efectivo, por la velocidad casi aeronáutica con que opera sobre el centro generador es la mezcla de ipururo con aguardiente que apenas ingerida, causó en el suscrito un enfebreamiento indisimulable, con la vergüenza que cabe imaginar, pues infortunadamente la experiencia no se llevaba a cabo en el propio hogar sino en el centro nocturno Las Tinieblas, del balneario de Nanay. Que aún peor y realmente satánico es el bebedizo llamado viborachado, guardiente en el que se macera una víbora venenosa, de preferencia jergón, de efectos más cataclísmicos que los anteriores, porque, ofrecido esta vez casualmente al autor de este parte en otro sitio nocturno de Iquitos, el club La Selva, le comunicó un ardor y endurecimiento de tal ferocidad y urgencia que, con pesar que aún no merma, tuvo que recurrir en el incómodo lavabo del local mencionado, al vicio solitario que creía ya extinto desde los días de su infancia, para recobrar la temperancia y la paz:

4.º. Que, por todo lo expuesto, el suscrito se permite recomendar a la superioridad que se impartan las instrucciones a todas las guarniciones, puestos de frontera y afines prohibiendo terminantemente el uso de manteca de bufeo colorado en la confección del rancho de clases y soldados, así como su uso individual por parte de la tropa, y que igualmente, se prohíba de inmediato y bajo castigo de rigor el consumo, solos o mezclados, en sólido o en líquido, del chuchuhuasi, el cocobolo, la clabohuasca, la huacapuruna, el ipururo y el viborachado, so pena de que el Servicio de Visitadoras se vea bombardeado por una demanda todavía mayor de la ya desorbitada a que debe hacer frente:

5.º. Que suplica se guarde el más estricto secreto respecto a este parte (y si fuera posible se destruya una vez leído) por contener confidencias extremadamente íntimas sobre la vida familiar del suscrito, que éste se ha resignado a hacer pensando en la compleja misión que el Ejército le ha confiado, pero con desasosiego y la natural aprensión por la malicia y las burlas que seguramente le atraerían de parte de sus compañeros oficiales si se divulgaran.

Dios guarde a Vd.

Firmado:

Capitán EP (Intendencia) PANTALEON PANTOJA.

Fragmento de Pantaleón y las Visitadoras, de Mario Vargas Llosa.

CAPÍTULO PRIMERO

Sonia Yarza estaba tirada en un ángulo de la estancia.

Acurrucada y encogida contra la pared.

Temblando.

—Lo que habéis hecho conmigo es una canallada —disparó de un tirón, como temiendo que de hacerlo despacio no llegara a consumir la frase. Apostillando—: ¡Tú eres un canalla, Lou!

El tipo soltó una risotada con varios matices. Escarnio, ofensa, desprecio y repugnancia.

—Das asco, chica.

—¡Tú lo has hecho, Lou! ¡Me has convertido en basura!

—Ya eras una mierda cuando te conocí. Con la diferencia de que por fuera aparecías extraordinaria. Pero de piel para adentro ya estabas podrida.

Sonia seguía temblando. Más bien se trataba de espasmos convulsivos.

—Lo necesito, Lou...

—¿Qué necesitas, basura?

—Inyectarme.

—Ya no te hará falta —anunció él con entonación siniestra.

—¡Por Dios! Si no me *pincho*, me muero...

—Es que vas *a morir*, porquería.

Los ojos de Sonia, bajo los cuales aparecían unas enormes bolsas violáceas, trataron de chispear. Pero aquellas pupilas radiantes y luminosas pocas fechas atrás, carecían ya de fulgor y fuerza. Eran ojos muertos, apagados, yermos.

Como sucedía con sus carnes recientemente espléndidas, ahora flácidas, gelatinosas, lo mismo que si hubiera pasado de los 25 a los 70 en una fracción de segundo.

—¡Asesino!

—¿Prefieres que te deje ahí, tirada, sin el pinchazo? Será mejor que ellas acaben contigo, ¿no?

—Ellas... —murmuró, con apenas un hilo de voz.

Y sus iris vacíos, apagados, con el cristalino opaco de la muerte reflejándose en tragedia anticipada, recorrieron la figura del hombre del que apenas seis meses atrás se enamorara locamente. Lou Jackson era un tipo, no guapo, pero con gancho. Uno de esos varones que atraen a las mujeres en función de un algo que en principio las repele pero que al mismo tiempo, morbosamente, las subyuga, hasta que acaban por completo rendidas, entregadas. Sus rasgos faciales respondían a las características comunes a todo macarra.

Guapura masculina barriobajera y oscura, cabellos ondulados, agitanado el color de la tez, agresiva la expresividad de sus ojos y el mentón, labios muy gruesos, casi de talante africano. Chabacanería escandalosa en el vestir con ajustamiento de las prendas para hacer estallar su musculatura y el impacto de sus atributos masculinos.

Porquería. Pero viviendo de ellas. Enloqueciéndolas casi.

—Ellas... —repitió, aturdida—. ¿Quiénes son *ellas*?

—Las «asesinadoras» —respondió el tío, fríamente.

Sonia, cuyo temblor se acrecentaba por segundos, clavadas las uñas de los dedos en los muslos, por completo al descubierto, porque la falda encogida debido a su postura en tierra apenas sí llegaba a tapar su intimidad, miró con sus opacas pupilas al canalla.

—¿Por qué...?

—Te he dicho que si te dejamos sin droga será peor. Acabarás volviéndote loca. *Ellas* te harán un favor.

—¡No...! ¡No lo permitas, Lou!

—Son órdenes de «Pantaleón» —dijo, lacónico. Despiadado. Cruel. Para puntualizar—: Y las órdenes de «Pantaleón» se tienen que cumplir al pie de la letra. Con rigor. Tienes que morir y pronto... ¡basura! —exclamando a renglón seguido—: ¡Adelante, chicas!

Se abrió la puerta al momento muestra evidente de que *ellas* aguardaban la llamada.

La aguardaban... impacientes. Impacientes por demostrar sus habilidades criminales.

Eran dos.

Jóvenes. Vestidas a lo punk, muy ceñidas, con los cabellos cortos, erizados y teñidos con disparatados y ofensivos colores. La una traía el pelo morado; la otra verde. Pinturas grotescas las de sus labios brillantes, círculos en las mejillas al igual que un *clown*.

Expresiones sádicas. Una mezcla de lujuria y depravación en las facciones crispadas de sus semblantes.

—Que sea de prisa —les dijo Lou, camino de la puerta.

—¡No me dejes... por piedad! —se desesperó la infortunada Sonia. ¡NO ME DEJES, POR AMOR DE DIOS!

Hablarle de Dios a Lou Jackson era como pedirle a un burro que pilotara un Boeing.

—¿Nos tienes miedo, cuquita? —interrogó, con feroz sonrisa, una de las «asesinadoras».

Y exhibía unas largas y afiladas tijeras.

Jackson, al salir, dio un sonoro portazo.

—Sí, Milva —dijo la otra—. Nos tiene miedo. ¿Tan malas debemos parecerle?

—No entiende que vamos a hacerle un favor, Annie. ¿Empiezas tú?

—Como quieras —se encogió de hombros la repugnante Milva. Sonia las vio avanzar.

—¡Nooo! —Y zozobró hasta el delirio.

Annie Saks, más que caer, se tiró encima de la que seguía acurrucada contra el vértice, con furor homicida en el que se mezclaban otro tipo de sensaciones, de aberrantes sentimientos, casi imposibles de definir.

Annie también había tirado de tijeras.

Sonia, incapaz de reaccionar a lo que no fuera el temblor, notó cómo la tal Milva, la «asesinadora», iniciaba una febril acción degradante sobre su cuerpo.

Y de súbito se apartó de aquella extraña eclosión lúbrica empezando a accionar las tijeras.

—¡Aaaaaaag!

Una exclamación sola.

Única.

Porque las puntiagudas láminas de acero entraron en su garganta cruzándola de parte a parte a través de la yugular. La

sangre, consecuentemente, manó en caudalosa abundancia.

Por encima de aquel estigio escarlata, cautiva de un placer bestial, sumida en un hipnotismo morboso que procedía de la apariencia brutal del rojo líquido, Annie acrecentó su sadismo destrozando el cuello de la víctima y haciéndose a un lado para que Milva entrara a formar parte activa del vesánico espectáculo.

—¡Qué caliente está su sangre! —rugió Milva—. ¡Me enloquece!

—¡Sigue, sigue, sigue...! —la excitaba Annie Saks.

Sonia Yarza ya no temblaba.

Ellas, las «asesinadoras», fascinadas por el horror del lienzo que acababan de modelar, se echaron atrás para contemplarlo desde otra óptica.

Embelesadas en la perspectiva distante permanecieron por espacio de varios minutos.

Hasta que Milva, reaccionando, ordenó:

—Trae el libro. Tráelo...

CAPÍTULO II

—¡Necesito hablar con usted urgentemente, señor Evans! — exclamó, con vehemencia, aquella voz cálida y tremendamente excitante, que conforme avanzaba en su ímpetu iba perdiendo aquellos valores.

—Estamos hablando, ¿no? Maureen Yarza ha dicho que se llama, ¿verdad?

—¡Sí, sí! Maureen... ¡Pero no por teléfono!

—¿Que por teléfono no se llama usted Maureen? —ironizó el detective—. Creo que no la comprendo, señorita.

—¡Se lo suplico, señor Evans! He querido decir que no es por teléfono como quiero hablar con usted.

—Mi secretaria ya le ha indicado que recibo por las tardes, sólo por las tardes, de 4 a 7.

Le paso con ella y le dará hora concreta. ¡Hasta la...!

—¡Evans, por Cristo santo! —le cortó ella, con lágrimas en la voz y segura y lógicamente en los ojos. Al menos J. L. «vio» unos hermosos ojos cuajados de una película acuosa.

Eso le hizo preguntar, de golpe:

—¿Cuándo ha de ser, Maureen?

—¡Ahora!

Esta vez, el pesquisa, no opuso la mejor objeción. Olvidó los preceptos de su horario.

Patty no, que entendiendo que iba a ceder a la voz angustiada de la otra, tapando el microauricular por el que seguía la conversación, hizo un gesto casi condenatorio al tiempo que exclamaba:

—¡Ni se te ocurra...!, ¿eh?

Pero como decíamos, J. L. no le hizo ni puto caso.

—¿Dónde, Maureen? —preguntó a la que le telefoneaba.

La vocecilla cálida y excitante, mucho más calmada ahora y menos vehemente, interrogó a su vez:

—¿Le va bien en el *Drugstore* Red's?

La secretaria, piernas cruzadas con muslo a la intemperie y cabreo que se palpaba, tapó de nuevo la cazuela del teléfono, gritando ahora:

—¡Calzonazos! Cualquier pelandusca que te llora un poco... ¡Bah! ¡Y pensar que estoy loca...!

—¿En qué parte del planeta queda eso, Maureen? —Seguía su diálogo el detective.

—En el Queens. 974 de Linden Boulevard. Hace esquina con Cross Bay, frente a una de las entradas del Ozone Park. ¿Se sitúa?

—O. K., señorita. En veinte minutos estoy allí.

—Señor Evans... —susurró la llamada Maureen, con un calor en la vocecilla que el detective tuvo la extraña y agobiante sensación de percibir a través del tendido telefónico.

—¿Sí...?

—¿Ha leído el periódico esta mañana?

—¿Cuál, señorita Yarza?

—El *New York Herald Tribune*.

—No. Estoy suscrito al *Times*. ¿Por qué lo pregunta?

—Mientras viene hacia aquí compre el *Herald* y lea en la página de sucesos, por favor.

—Es usted muy enigmática, Maureen. ¿No le parece?

—Por favor...

—Está bien —cabeceó Evans—. Leeré ese periódico.

Y Patty, roja como las amapolas que son rojas, encarnada como la bandera del Japón, mosqueada lo mismo que un mono cuando ve frente a su jaula una extraordinaria hembra muy descotada, tapando una vez más el supletorio a través del cual chafardeaba, imitando burlona la voz de su jefe, largó:

—¡Está bien, señorita! ¡Me bajaré los pantalones, señorita! ¡Lo que usted quiera, señorita! —Y furiosa ya, autoexcitada y muy molesta por el hecho de que aquella mañana precisamente le fueran a arrebatar a J. L., gritó—: ¡Váyase a la mierda, señorita!

—Le aguardo en la cafetería del *Drugstore*

Red's

dentro de media hora, señor Evans.

—¡Qué generosa! —intervino a auricular tapado, por enésima vez la bonita e irritada Patty—. ¡Te da diez minutos más de los que tú te habías fijado para llegar junto a ella y socorrerla!

—Allí nos veremos, Maureen —y J. L. colgó. Luego, mirando a su secre, cuyos pechos estaban agitadísimos, excitadísimos y deliciosísimos, le reconvino—: Eres una mal educada, ¿vale?

—Esta mañana estás de un moralizante subido que carga, ¿no te parece, bonito mío?

Evans había salido de la mesa.

—¿Celosa...? —Se inclinó para besar los labios gordezuelos de la chica.

Tras un suspiro de placer y tras haber saboreado el beso convenientemente, dijo Patty:

—¡Claro! ¿O supones que iba a negártelo?

—Sé que eres terriblemente y tremendamente sincera —le volvió a robar su lengua de miel—. ¡Hummmmm! Qué lengüecita más deliciosa... Hasta demasiado sincera a veces, Patty.

—Quería acostarme contigo esta mañana, J.

L. He

venido por el metro deseándote como una colegiala, llego aquí, te veo, me pongo todavía más... ¡y llama esa tía...!

—Señorita...

—... Tía, señorita o lo que sea, y consigue que salgas por la mañana para un asunto de trabajo, cuando un día juraste y recontrajuraste...

—Toda regla tiene su excepción, ¿no?

—¡Buf! ¿Por qué no ha venido esa tía aquí?, ¿eh?

—Ignoro por qué esa *se-ño-ri-ta*... —matizó y recalcó la palabra — me ha citado fuera de la oficina. Entre otras razones porque no me lo ha dicho, ¿sabes? Tú estabas escuchando, ¿no? —La besó de nuevo en la boca. Con largueza, fruciosamente, hasta que ambos se quedaron sin aire en los pulmones. Después—: ¡Hasta luego, preciosa!

Camino de la dirección señalada por Maureen, Evans se hizo con un ejemplar del matutino *New York Herald Tribune*, ojeando la página de sucesos como ella le indicara.

La noticia le saltó al momento.

Y en principio, los titulares de la misma, casi le hicieron reír. Los periodistas, desde luego, eran la leche.

Así venía montada la cosa:

MORBO, CRIMEN Y LITERATURA De Morboso y con mayúsculas, cabe calificar el crimen perpetrado la pasada madrugada —en versión policial por supuesto— en la persona de una tal Sonia Yarza que ha sido hallada en una vieja casucha de los muelles, casi en desguace, frente al Hudson River, con la garganta destrozada, hecha jirones —se supone en principio que el arma empleada por el sádico homicida han sido unas tijeras—, fibras y cartílagos colgando, al descubierto, sangre salpicando suelo y paredes... ¡un auténtico lienzo de morbosidad el realizado por el criminal en la persona de la infortunada Sonia! Sangre por todos lados que incluso han llegado a afectar las retinas de este profesional harto acostumbrado por desgracia a contactar con este tipo de escenas, pero ninguna con un morbo tan espeluznante como la que les estoy narrando y he tenido ocasión de comprobar a primeras horas de esta mañana... ¡Sencillamente horrible! Morbo espeluznante, sí, y su lado un detalle desconcertante, sorprendente, insólito, porque la víctima sostenía entre los dedos de su diestra, entreabierto, un ejemplar de la novela del popular escritor peruano Mario Vargas Llosa: *Pantaleón y las Visitadoras*.

Las gestiones de la policía no han dado todavía fruto alguno. Se ignoran cuáles hayan podido ser los móviles del crimen y consecuentemente, no se tiene tampoco la menor pista acerca del autor del crimen. En nuestra próxima edición trataremos de ampliar pormenores...

J. L. por encima del hombro izquierdo lanzó el periódico hacia el asiento trasero de su Nash 82.

Murmurando, entre dientes:

—*Pantaleón y las Visitadoras...* ¡imposible! Hay cosas que si no le ocurrieran a uno...

¡Mira que estar leyendo yo la novela y...! Esa chica, Sonia, debe ser familia de Maureen.

Tuvo que pisar con premura el freno porque un Oldsmobile con remolque se acababa de tragar el rojo a la altura de Woodhaven Boulevard confluencia con Atlantic Avenue, por la que circulaba el pesquero verde a favor.

—¡Pasa por el oculista, cabrón de mierda! —Y se censuró—: A veces no me comporto como un hombre cultivado. Lo que dijo mi psiquiatra: el fútbol y la conducción de un vehículo transforman al hombre haciéndolo retornar a su estado más primitivo. En fin...

Divisaba ya el edificio de cristal y piedra roja que ocupaba la esquina de Linden Boulevard y Cross Bay, con enormes letreros verticales y horizontales en diferentes lugares y posiciones de las dos fachadas en los que desde lejos y sin dificultad alguna, podía leerse: «*DRUGSTORE*

RED'S».

J. L. giró por Cross Bay que era donde se abría la rampa que bajaba hasta el doble sótano de aparcamiento de los grandes almacenes. Desde allí, un elevador con hilo musical y aire acondicionado, le iba a conducir hasta la cafetería, situada en la última planta del edificio.

CAPÍTULO III

La miró con aquellos ojos pragmáticos que pronto transmitían a su cerebro exactas y acertadas conclusiones sobre su interlocutor.

Ojos azules. No soñadores. No poéticos. Al menos, en apariencia. La miró, sí.

—¿Por qué yo precisamente, Maureen?

Estaban sentados a un velador de la cafetería ante dos tazas de humeante café.

—Ha leído la noticia, ¿verdad?

—Maureen, por favor. Preguntemos por orden cronológico y en función de la lógica más elemental, ¿de acuerdo? Quiero saber, en principio, por qué me ha elegido a mí.

—Todo el mundo sabe que John Latimer Evans es un excelente detective...

—Hay en Nueva York cientos de excelentes detectives, ¿por qué?

—Si le digo la verdad no me va a creer, ¡de veras!

—Suéltela. Por dura que sea.

—Lo encontré en las páginas amarillas.

La carcajada estentórea, espontánea, indomable, en que estalló Evans sorprendiéndole a él en primer lugar, hizo suspender las conversaciones, el murmullo que flotaba en el ámbito de la cafetería, yendo todas las miradas a converger en la persona del detective.

Maureen Yarza estaba encarnada a causa de la atención general que sobre ambos atraía la risotada de su contertulio.

—Nos está mirando todo el mundo...

—¡Que miren! —Se encogió de hombros el pelirrojo—. Estamos en el paraíso de la democracia, ¿no? Cada cual puede mirar donde le salga de las... narices, mona. A ver, vayamos a lo nuestro: ¿qué

era tuyo —la tuteó por primera vez— Sonia Yarza?

—Mi hermana.

—Ya. ¿Y...?

Maureen sostuvo valiente, decidida, la mirada casi cincelante que el detective permeabilizaba en sus ojos.

—No le entiendo, señor Evans.

—Evans a secas o J. L., como prefieras. Pero apéate de los tratamientos, me revientan.

¿Que por qué me has llamado con tanta urgencia, insistiendo en que nos viésemos de inmediato?

—Quiero que investigue el asesinato de Sonia.

—Es cosa de la policía.

Maureen rió entre dientes, con amargura.

—La policía de Nueva York tiene más de cincuenta casos como éste en el cajón de «asuntos pendientes». Sonia era mi hermana. Quiero rapidez. Quiero saber quién la mató... —Otra vez, como antes por teléfono, subía la vehemencia de aquella vocecilla cálida, excitante, que dotaba a la chica de una fuerte personalidad—, por qué la mató...

—¿Piensas que vas a resucitar con ello a Sonia?

—No esperaba oír eso en boca de un detective.

—Trato de ser práctico. Además, ando siempre lejos de los asesinatos.

—Así... —Ella le miró con cierto desprecio iniciando también el tuteo—, ¿qué es a lo que tú te dedicas, eh? ¿A seguir maridos jóvenes e infieles de viejas chochas que te pagan generosamente las mentiras que les cuentas? ¿Con qué te has ganado la fama, J. L.? ¡Ah, ya, con tus amigos de la prensa! Veo que me he equivocado... —Se alzó de la mesa, airada—. ¡Buenos días, J. L.!

Evans, sin apenas alzar el tono de voz, pero con un matiz autoritario, dictatorial diríase, que hacía estremecer, murmuró:

—Siéntate, estúpida.

Maureen se fue al fondo del asiento como si una fuerza irresistible la succionara desde dentro de aquél.

J. L. la estaba mirando de nuevo con aquellas sus pupilas inquisidoras.

Pero lo que no sabía ella, lo que no imaginaba tan siquiera, es que el apuesto detective de largas melenas pelirrojas, aun

disimulándolo a la perfección, estaba profundamente impresionado por la personalidad por ella demostrada. E impresionado también por la rutilante belleza de Maureen.

Belleza que ahora, al mirarla de nuevo, Evans calibraba con todo merecimiento y justicia.

—Eres muy bonita, Maureen. Y estás perfectamente hecha. Eres un precioso modelo de mujer... —fue diciendo J. L. como si hablara solo.

—¿Estúpida, bonita, perfecta, precioso modelo... tantas cosas soy, detective?

—Tantas. Si no fueras estúpida no serías mujer.

—¿Machista?

—Sólo en la cama.

—¡Ah...! Te he llamado para hablar de Sonia, J. L. ¿Aceptas el caso?

—No tengo más narices, muñeca. Eres un precioso modelo de mujer...

Lo era, sí.

Maureen Yarza lucía estupenda, extraordinaria. Sensitiva y terriblemente deseable.

Soberbia.

—... Un modelo soberbio, fenomenal.

—¿Aceptas, J. L.?

Le cogió la mano, suave, por encima de la mesa.

—Lo que tú quieras, muñeca... —Y ahora, la mirada del pelirrojo, dejó de ser pragmática para ofrecer una elocuencia tan estremecedoramente real, que de sus azules pupilas parecían brotar palabras, susurros, que Maureen captó y entendió perfectamente; que hicieron vacilar a Maureen de lo que hasta entonces había supuesto firmes convicciones—. ¿Dónde vives, preciosa? ¿Muy lejos de aquí?

—Luego... —Le temblaban los labios, le temblaban los dedos de la mano que Evans retenía entre los de la suya, le temblaba todo el cuerpo, le temblaba hasta el alma—, luego iremos. Ahora tengo que hablarte...

—Podemos hablar en la cama. Se habla más cómodamente... —insinuó, abierto, casi insultante, el *private-eye*—, ¿no crees, cariño?

Maureen sintió algo extraño, muy extraño e ignoto hasta

entonces, dentro de ella.

Como si de pronto se quedara muy fría, glacial, helada, y luego le echaran toneladas de cera hirviendo, derretida. Algo nuevo, peligrosamente maravilloso, cosquilleaba por el interior de sus vértebras, electrificando con muchos voltios el espinazo, haciendo endurecer las coronas de sus pechos, alfilerando sus ingles... ¡No podía engañarse, no!

Estaba deseando... deseando *ser* de aquel desconocido. Y eso, antes, nunca, jamás de los jamases... ¡Nunca le había sucedido!

—Vivo... —La voz cálida y excitante se apagaba ahora saliendo con dificultad de la garganta—, vivo cerca de aquí, J. L.

—¿Me quieres enseñar tu casa, preciosa?

—Sí. Vamos...

J. L. Evans dejó un billete dentro del cenicero de cristal situado en medio de la mesa.

Abandonaron al momento la cafetería.

El elitista y estilista John Latimer Evans, por enésima vez, iniciaba los comicios de amistad o relación con una hembra en volandas de un triunfo avasallador, casi ofensivo.

J. L. era así. J. L. no conocía fronteras a la hora de proponerse algo.

J. L. era como tantos y tantos deseamos ser, hemos soñado ser y nunca hemos podido ser.

Minutos después se encontraban en el coquetón apartamento de la muchachita.

Hicieron el amor. Con paciencia. Como debe hacerse.

Deleitándose. Como deben deleitarse una pareja cuando hacen el amor.

Cuando bajaron de las nubes del éxtasis y otra vez en el *living*, Maureen encendió un par de pitillos pasando uno a los labios del hombre, yéndose luego a preparar dos *whiskys*.

—¿Bourbon o escocés, J. L.?

—Lo que tú prefieras, linda.

Giró hacia el mueble bar.

Evans pensó que después de hacer el amor con Maureen, se la deseaba todavía más.

Porque ella, tras el orgasmo, estaba todavía más bonita, más excitante.

Tenía un cuerpo excitante, sí. Como la voz.

La miró. De espaldas a él ahora. Desnuda por entero.

Se recreó en los glúteos. Plenos. Mórbidos. Y en la perfección sensitiva de sus piernas.

Toda ella era sexual. Hasta los pies. Y sus deditos menudos.

Giró de cara viniendo con los *whiskys*.

Sus pechos, jóvenes, calientes y erectos, vibraban al compás de los pasos suaves. Eran unos pechos que encendían. Por estar, precisamente, lejos de la procaz exhaustividad en que otras hembras suponían cimentar su encendido lúbrico.

Preciosos pechos, sí.

Como toda ella.

Que no parecía norteamericana, ni por el apellido ni por el color de su piel. Morena, tropical toda ella. Como si fuera de Tahití, de Hawai, de Jamaica o por ahí. Tenía el cabello como de seda y muy negro, muy brillante, casi mezclando el azulado con el azabache. Aquellas hebras larguísimas resbalaban sobre sus hombros frágiles y tímidos tras haber enmarcado, antes, el óvalo bronceado que contenía unas facciones de locura.

Unas pupilas de color noche borrascosa.

Una naricilla coqueta, sensual, como sensual y coqueta era Maureen.

Boca para besar y sólo para besar. Para estarla besando siempre. Para devorar sus labios carnosos, agrietados, sabrosos, húmedos...

Las comparaciones siempre son odiosas y siempre salía alguien perdiendo en ellas. Evans pensó que Patty Alexander perdía de largo. Maureen le daba sopa con honda.

—Toma, cariño —y le tendió el *whisky* ocupando frente a él una butaca gemela a la que estaba sentado el detective.

J. L. apuró un sorbo.

—No os llevabais bien Sonia y tú —no era pregunta sino afirmación.

—¿Cómo lo sabes? —Arqueó las cejas.

—Llámalo intuición profesional o práctica en el oficio. Como mejor te parezca —cosquilleó con los suyos en los dedos desnudos de los pies de la singular y preciosa morena.

—Más que no llevarnos bien... ¿cómo te lo diría?

—Simplemente que se entienda.

—Eres un meticuloso puñetero, ¿verdad?

—Verdad, bonita. ¿Cómo dices que me lo dirías?

—Estábamos distanciadas. ¿Por qué? Quizá porque nos quedamos solas muy pronto, muy jovencitas aún, y las personas que nos educaron, que se hicieron cargo de nosotras por separado, nos inculcaron conceptos de la vida y de la convivencia social muy distintos.

Quizá, en base, nuestros criterios ya eran distintos. Sonia, sin que yo pueda hablar de recato, prejuicios o estricta moralidad, máxime después de haber sido tuya sin apenas conocerte...

—Tranquila, muñeca, les ha ocurrido a otros. Es cuestión de mi atractivo varonil, de mi *sex-appeal*. Eso te atenúa, al menos, frente a esa sociedad que ahora te hace sentirte culpable.

—No sé si acabas de insultarme... o me has estado elogiando.

—Renuncia a complicarte la vida, haz lo que creas más conveniente y oportuno en cada momento de ella... y ahora, en este instante, lo más oportuno es que sigas con lo que me estabas diciendo.

Bebió un trago.

—¡Eres fenomenal, J. L.! Me da la sensación de haberte conocido siempre. En fin... —suspiró, hundiéndose más en el fondo de la butaca—. Sonia, quería explicarte, era excesivamente liberal.

—Acláralo.

—Hombres. Le gustaban y se dejaba. Y si aquél al que ella deseaba no la *comprendía*, ella le hacía la proposición de una manera abierta. Brutal incluso si era preciso. Me dijo una vez que tenía un cuerpo espléndido... eso era verdad, desde luego; que la naturaleza se lo había otorgado para que disfrutase de él y que iba a hacerlo hasta la extenuación.

—¿Vivía de su cuerpo?

—No me atrevería a afirmarlo. Ni a negarlo rotundamente. La última vez que nos vimos, hará de eso unos cinco meses poco más o menos, iba con un tipo que no me gustó nada. Uno de esos chulos que parecen llevar un letrero colgado del cuello pregonando su condición... ¿Entiendes?

—Sí. De los que dan la talla de macarra se les mire por donde se les mire, sí.

—Eso. Pero Sonia estaba entusiasmadísima. Como nunca, desde

luego. Me dijo que estaba loca por él y que por él estaba dispuesta a lo que fuera. Que se trataba del hombre de su vida, que renunciaría a cuanto fuese necesario para no perderle, empezando por su independencia íntima. Me recalco dos o tres veces que en adelante sólo sería de él.

—Ya. A todo por él. A mantenerle prostituyéndose también, ¿no? —J. L. echó otro trago de *whisky* al gizonte.

—Cabe esa posibilidad...

—¿Te acuerdas del nombre de ese menda?

—No sé ni si me lo dijo. Fue una presentación algo rara, algo loca, como era habitual en Sonia. Debió decirme: «¡Éste es mi hombre, el tío que me va para siempre!», o «¡éste es el fulano con quien voy a casarme!». Algo así. Pero juraría que no me dijo su nombre.

—¿Por qué quieres que investigue su muerte?

—Siento como si estuviera en deuda con Sonia.

El fascinante ejemplar masculino de melena larga y pelirroja, arqueó las cejas.

—¿Por...?

—Creo que en vida no me interesé lo suficiente por ella. Que no hice todo lo que debía.

Como la mayor que era, entiendo que no estuve nunca a la altura de las circunstancias.

Quizá al morir tan pronto nuestros padres...

—¿Los dos a la vez? —Viendo la aquiescencia de la desnuda y deliciosa Maureen con su cabecita de reflejos azabache, cuyos ojos negríssimos estaban en los de él a ras de cristal, volvió a preguntar —: ¿Un accidente?

—Se cayó el avión en el que venían de realizar un viaje por España.

—Yarza es apellido castellano, sí...

—Creo que de una región que se llama Vascongadas. Su... Nuestro padre era de por allí.

Emigró muy joven en busca de fortuna y echó amarras en Estados Unidos donde conoció a mamá —Maureen, tras ingerir un nuevo sorbito lanzó un agudo y prolongado suspiro—: ¡Es horrible, J. L.! Lo que han hecho con Sonia es bestial, propio de un maníaco homicida, de un loco peligroso... ¿violación?

—No... ¿Por qué? Si ella vivía o hacía vida marital con el tipo que me presentó...

—Quizá desde entonces a hoy —la atajó el detective—, las relaciones entre Sonia y ese macarra se habían ido al garete. Y si tu hermana se había prostituido para mantenerlo a él, quizá en los últimos tiempos hubo de seguir para su propia subsistencia. En fin, todo esto es hablar por hablar. El asesino fue con ella previo pago de la cuota establecida entre mujer de la calle y cliente, es posible...

—¡Por favor, Evans! No hables así de ella.

—Está claro que no la han asesinado dentro de una iglesia, ¿verdad? Esos pisos del muelle se utilizan sólo para una cosa y claramente definida. A la realidad hay que darle siempre su nombre y apellidos, Maureen. Los eufemismos y sucedáneos sólo sirven para confundir a quienes los utilizan. De todas formas, la teoría de la puta y el cliente la he descartado desde el instante de leer el *Herald*. La apuntaba sólo para conocer tu opinión.

Maureen, preciosa ella, desnuda ella, tentadora ella, palpitando los maravillosos pechos de ella, clavó sus negrísimas pupilas en el varonil y atractivo rostro del pesquía.

Dijo:

—No te entiendo, J. L. Eres un hombre muy complicado. Descartas, apuntas...

—El libro, Maureen. Ese tipo había planeado la muerte, el cruento asesinato de tu hermana con premeditada antelación. Si no, ¿para qué llevaba el libro? Tenía previsto ponérselo en la mano después de matarla.

—¡Ahora que dices del libro, Evans!

—¿Qué pasa con él?

—Hay algo que no han publicado los periódicos... En el título, la palabra «Visitadoras» queda oculta bajo una tira de papel blanco, adhesivo, en el que se ha escrito el vocablo: «Asesinadoras».

—Más a mi favor, nena. El tipo lo tenía todo meticulosamente calculado.

—¿Cómo la convencería para llevarla a ese lugar? —Pareció preguntarse a sí misma Maureen, más que dirigirse a él aunque lo estaba mirando.

—Sencillo, prenda. El asesino le era conocido a Sonia. No debió desconfiar. Cabe la posibilidad de que se tratara de *su hombre*,

porque no es seguro que rompiesen. Sólo otra teoría que yo he apuntado.

—¡Todo son cábalas, hipótesis, posibilidades, teorías...! Nada concreto, nada seguro —pareció desesperarse ella.

—En todo asesinato, al principio, existen un montón de incógnitas. Un sinfín de preguntas sin respuesta. Y que parece que nunca podrán ser contestadas. Pero si partimos de la base de que no existe el crimen perfecto, las incógnitas, forzosamente, se han de ir desvelando... —Hizo una breve pausa él, recorrió con admiración y deseo el cuerpo pleno, vital, ardiente de la hembra, acabando por exclamar—: ¡Tiene gracia lo del libro!

A Maureen, que agitó su azabache melena, la sorprendió la exclamación. Inquiriendo:

—¿Por qué?

—Porque yo estoy leyendo en estos momentos *Pantaleón y las Visitadoras*. No me negarás que es tremendamente casual, ¿eh?

—Pues sí... Lo es. ¿Qué piensas hacer, Evans?

—Antes de marcharme, volver a hacer el amor contigo.

—¡Me volverás loca!

—¡Fenómeno, prenda! Me gustas más que ninguna de las hembras que he tenido entre mis brazos hasta ahora. Me gustaría que lo nuestro durara...

—¿Que tardarás más que a las otras en darme la patada, quieres decir?

—Ahora hubieses tenido que emplear un eufemismo, prenda.

—¿Para qué? —sonrió la bellísima Maureen—. ¿No dices que eso engaña a quienes lo utilizan? A mí, me gusta ser real conmigo misma. Si voy a la cama contigo es porque me gustas, porque me apetece, porque te deseo, porque...

—¡Basta, basta, basta...!

—¿Te pones nervioso, detective?

—La verdad... SI.

—¿Y luego de que hayamos hecho el amor, *qué*?

—Empezaré a investigar el asesinato de tu hermana y procuraré informarte de los posibles progresos...

—Cada vez que vengas a acostarte conmigo, ¿no?

—¡Por qué habré destrozado la utilidad de los eufemismos y sucedáneos! —Pareció lamentarse Evans. Y de súbito, con una

seriedad que parecía impropia de su talante, pero que no era fingida, dijo—: Si te tomas la continuidad de nuestras relaciones con ese aire indiferente, con esa apatía, pienso que mejor lo dejamos correr, ¿no crees? Las mujeres *kleenex* no me gustan.

—¿Kleenex...? No entiendo.

—Las de usar y tirar. Soy un tipo que busca en todo lo que hace algo más que la satisfacción de un simple capricho o la cristalización de una mera llamada animal. En la entente sexual hay un trasfondo que va más lejos del simple contacto físico. Si sólo queda en eso, uno se puede sentir perro, o gato, o tigre... ¡lo que quieras!

—Cuanto más te oigo, más confundida me tienes, Evans. Es como si quisieras obligarme a confesarte que me gustas, que me atraes por muchísimas razones...

—No, Maureen. No quiero obligarte a nada. Pero sí deseo que me digas la verdad de tus sentimientos.

Maureen se alzó de su butaca y fue a sentarse a las rodillas del pelirrojo. Le besó en la boca largamente y anunció después:

—Si yo pudiera creer que el amor nace en un instante...

—Nace, muñeca. Y con el tiempo se multiplica o divide.

—¿Dices que crees en el flechazo, J. L.?

—Por supuesto, Maureen.

—Y por supuesto serán muchas las que hayan quedado flechadas con sólo verte y escuchar unas palabras de tus labios, ¿verdad?

—Verdad. Pero eso no me hace sentirme más hombre. No sé si lo crees, pero es la verdad.

—Verdad, verdad... Todo es relativo, pero te creo, sí. Aunque sigo pensando que eres un tipo difícil, complicado...

—Cultivado di mejor.

—Eso también, desde luego —sonrió la deliciosa Maureen.

El pelirrojo besó aquella boca de fresa cuyos labios, entreabiertos, se inclinaban hacia los suyos. Las yemas de los dedos, entretanto, cosquillearon en los senos estimulando con dulce suavidad los violáceos pezones.

Un suspiro prolongado y espasmódico huyó de la femenina garganta.

—Evans, cariño, sigue...

CAPÍTULO IV

Eran algo más de las

4 p. m.

cuando abandonó, con la mente en las nubes todavía, el apartamento de su soberbia y maravillosa cliente.

Tratando de no pensar en ella.

Tratando de no imaginar, tan siquiera, lo que pensaría Patty si llegaba a enterarse de aquel ígneo fogonazo que Maureen había despertado en él.

«Pantaleón y las Asesinadoras», eso debía ocuparle ahora.

Y una chica llamada Sonia Yarza que estaba muerta. Brutalmente asesinada.

Literariamente asesinada como dijera el periodista.

Antes de ir por el coche se metió en una cabina de teléfonos. Porque el cerebro de John Latimer Evans estaba funcionando ya a toda pastilla.

—¿Anda por ahí Reno? —inquirió cuando le respondieron.

—Más bien está sentado —le contestó un socarrón registro femenino.

—Anda, picara, llámalo.

—Eres J. L., ¿verdad?

—De la buena. Llama a Reno.

—O. K. —dijo la muchacha.

Segundos después fue una voz resquebrajada, masculina, la que preguntaba:

—¿Qué ocurre, Evans?

—Tenemos trabajo, mangante.

—¡Soy todo oídos!

—Averigua cuanto puedas sobre una chica llamada Sonia Yarza.

—¡Oye...! Ésa es la...

—Sí, es ésa —le cortó J. L. Añadiendo—: La que han asesinado esta madrugada en una covacha de los muelles. Todo, ¿entiendes? Aunque tengas que sobornar al mismísimo diablo. Si no tiene pasta te pasas por la oficina y le dices a Patty que te dé lo que necesites de la caja particular.

—¿Alguna pista a seguir?

—Un posible macarra. Pero es relativo. ¡Ah, otra cosa! Investiga especialmente, en principio...

John Latimer Evans siguió dándole instrucciones a su colega y colaborador por espacio de varios minutos. Después colgó, saliendo de la cabina en busca del Nash 82.

Como diez minutos más tarde se encontraba en South Ozone Park circundando los alrededores del John Fitzgerald Kennedy International Airport sobre el asfalto de Rockaway Boulevard. Quedó atrás el aeropuerto y Evans se fue alejando del Queens por el sureste del conocido distrito neoyorkino.

Ya en la carretera general que enlazaba la ciudad de los rascacielos con la de Trenton, se internó por unos sectores flanqueados de tupido y espléndido verdor hasta situarse en la cercanía de una impresionante construcción de recreo que ocupaba un puñado de hectáreas.

Puso pie a tierra muy cerca de la artística verja de hierro que partía un pedazo del muro que rodeaba el singular edificio y que, claro, permitía el acceso lógico al mismo.

Los demás accesos que se intentaran emplear era por vía subrepticia. Y a J. L. le constaba positivamente que aquella finca señorial estaba protegida con toda clase de modernos y sofisticados sistemas de alarma y detección.

Por eso había elegido la entrada principal. Como hacían los señores y él era todo un señor.

Cultivado además.

Pero el bulldog que paseaba por delante de la verja parecía entender poco de señores.

Cultivados o por cultivar.

—¿Adónde va usted por estos alrededores?

Evans extendió el dedo índice de la diestra sobre el edificio que se elevaba al otro lado del muro a la vez que ofrecía al bulldog una

de sus inmejorables sonrisas.

—Voy allí, amigo. A la casa.

—Está usted de broma, ¿no? Yo tengo poco sentido del humor, ¿sabe?

—Eso queda fuera de toda duda, amiguete. Vengo a charlar con Rubén María Portolés.

El tipo, que tenía cara de bestia con nariz chata, porque era simplemente una bestia con brazos que parecían leños, gruñó algo primero y se hizo entender después:

—Don Rubén María no recibe a nadie.

—A mí, sí. Anúnciame.

—Va a conseguir que se me hinchén las...

—¡He dicho que me anuncies, imbécil!

El bulldog parpadeó con asombro del bueno. Del legítimo. Porque se le antojaba imposible que aquel tipo acabase de insultarle. De llamarle «imbécil». Pero como era posible...

—Cómo es posible —repitió su pensamiento en voz alta haciendo gala de una supuesta moderación— que usted se atreva a insultarme. A llamarme... *imbécil*.

—Y me atrevo a partirte esa cara de hijo de perra que tienes, imbécil bis, si no me anuncias inmediatamente.

Hizo el tipo un movimiento agresivo que J. L. fintó con elegancia y la mayor facilidad del mundo al tiempo que le metía su rodilla izquierda en los genitales.

—¡Aaaaaag! ¡Traid... or! —Se encogió dolorosamente llevando ambas manos a la zona tan brutalmente castigada.

—Has bajado muy pronto la guardia, imbécil tres —sonrió Evans cuando su diestra golpeaba de canto el diafragma del bulldog creándole un vacío tal que se le vino encima. Añadiendo—: ¡Me vas a ensuciar, bestia!

Y tras la exclamación la zurda martilleó la cara o lo que fuera del tipo convirtiéndole la nariz en un amasijo sanguinolento y al instante, la propia izquierda, en gancho ahora, demoledor, espectacular, proyectó al bulldog contra la verja.

Allí se dobló del todo, sin exhalar un gemido, quedando apelotonado como un monigote.

Evans se sacudió los faldones de la chaqueta al tiempo que avanzaba unos pasos para situar los labios cerca de la rejilla del

interfono que había en la entrada. El sabía que quienes custodiaban dentro, a través de las pantallas del circuito cerrado de televisión, habían seguido sus diferencias con el colega que vigilaba afuera.

—No me gusta la violencia, pero tampoco podía pretender razonar con ese trozo de carne con ojos que había en la puerta. Anúnciame al señor Portolés. Me llamo Evans y soy detective privado. Por favor, caballeros, evitemos más violencias, ¿eh?

Una voz que surgía de la rejilla, interrogó:

—¿Para qué quiere ver a don Rubén María?

—Como comprenderá, mi querido merluzo, eso es privado. Como mi oficio. ¿Abren y me anuncian, o entro por mis propios medios?

—Aguarde unos instantes.

Fueron pocos. Porque un par de minutos más tarde, John Latimer Evans estaba en el vestíbulo de la casa, y de allí, un etiquetado fámulo, le conducía a una sala de moderno mobiliario con valiosos adornos, lienzos y demás componiendo el decorado, que le invitó a tomar asiento diciendo:

—Don Rubén María le recibirá en seguida.

—Gracias —y se acomodó, casi perdiéndose, en un mullido y amplísimo butacón.

Rubén María Portolés apareció sin protocolo.

—¿Siempre va así por el mundo, señor...?

—Evans. John Latimer Evans —se puso en pie. Y agregó—: No siempre, señor Portolés... ¿o debo llamarle don Rubén María?

—Como prefiera...

—Le decía que no siempre, señor Portolés, a excepción hecha de cuando tengo que tratar con alcornoques como los que usted tiene por guardaespaldas. Me sorprenden tantas precauciones a su edad. Y me parecen absurdas. Si algún marido millonario de los que usted llevó a la quiebra a través de su esposa hubiera querido cargárselo, ¿cree que habría esperado hasta ahora?

Rubén María Portolés, otrora conocido como el Gígolo d'Or, tomó asiento delante del detective.

—Es usted todo un carácter, amigo. Vuelva a sentarse, por favor.

—Gracias.

—¿En qué puedo ayudarle, detective? —interrogó con una

sonrisa que podía calificarse de bonachona aquel hombre personalismo, apuesto aún a sus sesenta y tantos, que conservaba sólidos vestigios de la apostura y el gancho que a tantas damas acaudaladas y de aparentes sólidos principios morales había vuelto locas. Damas que hallaron en el *Gígolo*

d'Or

esa pasión que en la vida desea, al menos una vez, toda mujer que se dice honrada o que está obligada a serle fiel a su amantísimo y consolidado esposo. Y él había hallado una vida espléndida y una vejez que envidiarían los maridos de aquellas que le labraron su particular montepío y magnánima jubilación. Rubén María Portolés, que se sentía escrutado por su sorprendente visitante a la vez que él le escrutaba, repitió el interrogante en otros términos—: Supongo que ha venido a pedirme algo, ¿no?

—Supone bien, señor Portolés.

—Bien. ¿De qué se trata?

—Usted aún mantiene muchos contactos nacidos en su larga actividad de...

—Ahórrese el calificativo —le interrumpió el otro—, por favor. Sí, es cierto. Mantengo algunas relaciones. ¿Por...?

—¿Opera en Nueva York alguna red sólida de proxenetas? Me refiero a algo serio. Chulos de postín que atraigan a chicas de la calle o de su casa, para pasarlas al cerebro de la red y éste utilizarlas en ambientes super. Tiene que ser un fulano inteligente, con clase. Muy cultivado quizá. Al que le gusta leer, eso seguro.

—Es usted muy complicado, amigo.

—Ya me lo han dicho hoy varias veces —sonrió el desenvuelto y arrollador pelirrojo—. ¿Qué me dice, señor Portolés?

—Vayamos por parte, detective. Redes de proxenetismo siempre las ha habido y las habrá. Pero usted me está hablando de algo de altos vuelos.

—Elitista si lo prefiere. Mujeres bandera a las que se aficiona a la droga y se obliga a la prostitución con hombres de mediana o avanzada edad, podridos de millones, que a su vez reciben estimulantes sexuales, afrodisíacos.

—No tengo nociones de una operación a tal escala, le doy mi palabra.

—Y si esa red existe, ¿quién puede tener nociones?

—No sé... —El *Gícolo*

d'Or

se mordió el labio inferior, meditativo—. Quizá Roland Jiménez... en los locales que regenta y de los que es copropietario se suele reunir la flor y nata de los

maquereau's

. Especialmente en el Personal Man. De todas formas no estoy muy seguro que pueda ampliar esta parca, de por sí, información que le doy. Está también Julie Powell...

—¡Vaya! —exclamó el pesquisa, distanciando sus labios en amplia sonrisa—. ¿Todavía anda por el mundo la Belle Julie?

—¡Ya lo creo! —exclamó a su vez quien durante muchos años se ganará el apodo del *Gícolo*—

d'Or

. Muy ajada ya aunque se llena de potingues la cara para disimularlo, pero anda, anda. Y anda metida también, como en los últimos años, en asuntos de celestinaje.

Las que no tienen cerebro en su día, acaban así: arreglando tratos para las jóvenes y cobrando un pequeño porcentaje. Oiga, Evans... —Se detuvo, preguntando de súbito—: Todo este interrogatorio viene a cuento, supongo, por la chica que han asesinado la pasada madrugada, ¿no?

—Exacto, señor Portolés —afirmó el personalísimo pelirrojo. Agregando—: Y me alegro que lo saque a colación, porque...

—Perdone que lo ataje, amigo —interrumpió el anciano—. Usted habla de una red de proxenetas poco menos que a nivel internacional, de connotaciones mafiosas, sólo porque han asesinado a una muchacha. ¿No le parece que es desorbitar la cuestión?

¡Aunque le admiro por su fantasía, desde luego! Las chicas siempre han tenido problemas con *sus hombres*, y esos problemas, han acabado algunas veces con sangre.

—Ningún chulo de tres al cuarto estrangula a su gallina de los huevos de oro porque vive de ella, Portolés. Usted sabe que es así. Ni tan siquiera los hombres de la talla de usted, que van por libre, ventilan a sus... ¿digamos protegidas?

—Digamos —asintió Rubén María Portolés. Inquiriendo—: ¿Y...?

—Iba a preguntarle antes, cuando usted me ha cortado para hablarme de mi desbordada fantasía, qué opinión le merece el detallito del libro... Eso de ponerle a la chica en las manos una novela, sustituyendo una palabra del título original y convirtiéndolo en *Pantaleón y las Asesinadoras*.

—Una solemne estupidez, en principio. O quizá, también, el producto de la mente retorcida de un maníaco intelectual. O simplemente la agudeza de un profesional del crimen que maneja su ingenio para confundir las investigaciones policiales. Todo cabe, Evans. Cabe muchas respuestas, ¿no le parece?

John Latimer Evans se mantuvo en silencio por espacio de varios segundos. Sin responder a la pregunta y observado atentamente por los ojos ya cansados, pero vigilantes y escrutadores todavía, de Portolés.

El detective quiso saber:

—¿Ha leído usted *Pantaleón y las Visitadoras*?

—No —negó el otro—. Últimamente leo muy poco. La vista no me acompaña demasiado.

—Pantaleón Pantoja —habló, resuelto, el pesquisa— es un capitán de Intendencia del Ejército peruano al que se le asigna la insólita misión de reclutar mujeres para satisfacer las necesidades sexuales de la tropa que se encuentra destacada en la zona amazónica.

¿Me sigue?

—Y le capto también, amigo.

—Da gusto tratar con gente inteligente. Entonces, si me capta, comprenderá por dónde voy, ¿no?

—Sí. Reclutamiento de chicas con clase, explotación de las mismas para deleite de caballeros acaudalados en algún lugar paradisíaco y cuando su hermosura y lozanía empieza a marchitarse o se hacen demasiado vistas, sentencia de muerte para silenciar sus bocas. El que dirige el tinglado es un tipo dado a la literatura y se permite el rasgo morboso-cultural de la novela... ¿Es eso?

—Mis sinceras felicitaciones, don Rubén María —empleó el tratamiento sin ironía. Añadiendo—: Eso es con toda exactitud.

—Con la exactitud de su pensamiento... querrá decir.

—Pero entra de lleno en la viabilidad de esas muchas respuestas a que usted aludía antes, ¿no?

—Debo admitir que sí —cabeceó, afirmativo, quien un día fuese el *leader* de los explotadores del sentimentalismo femenino bajo el significativo apodo del *Gígolo*

d'Or

. Insistiendo como en un rezo—: Puede ser, sí. Pero yo no dispongo de informes, y mucho menos evidencias, que puedan servirle de pistas concretas en la investigación que imagino está llevando a cabo. Pruebe con Roland Jiménez como le he dicho. Y también con Julie, a quien al parecer conoce. Es todo lo que puedo decirle, señor Evans.

J. L. se puso en pie.

—Le agradezco que me haya recibido, señor Portolés.

Una sonrisa burlona iluminó, cordialmente, los marchitos labios del viejo.

—¡Dios me libre de no haberlo hecho! Hubiera usted sido capaz de volarme la casa. Es un conversador agradable y una persona correcta... pero sus métodos de introducción son altamente peligrosos, detective. Me alegro de haberle conocido a pesar del susto que me ha dado, Evans.

—Portolés... —sonrió también Evans—. ¿Para qué engañarnos? Si usted hubiese querido sus hombres me habrían frito a tiros.

—Pero usted sabía que yo no iba a dar esa orden, ¿verdad?

Agitó sus largos cabellos en movimiento afirmativo.

—Contaba con eso, sí. Sabía que Rubén Maria Portolés jamás anduvo metido en líos de sangre.

El *Gígolo*

d'Or

se alzó también de la butaca, tendiéndole la diestra.

—Suerte en su trabajo, amigo.

Evans la estrechó con efusión.

—Gracias.

CAPÍTULO V

—Patty está de una mala leche que no se aguanta —anunció Joseph Reno. Agregando—: ¡Ni darme la pasta quería, tú!

—Lógico, pero le pasará. Al grano, colega.

Estaban sentados en una mesa rinconera del Veneno Escocés, un bar de camareras donde la mayor parte de los tíos acudían para el precalentamiento, otros para hacer ruido jugando con las tragaperras y algún que otro solitario a ensimismarse en la barra contemplando a las bellezas pechugonas que había tras ella, o bien aislarse con el *whisky* y un porro entre dientes, caladita va, caladita viene.

La vida, sí.

—El fulano se llama Lou Jackson. Pero parece ser que hace tiempo que él y Sonia habían partido peras, J. L.

—¿Y qué había hecho ella desde entonces?

—Ninguno de los encuestados —largó burlón el joven y rubiales Reno, que tenía cara de niño malo y a la vez simpático— sabe nada de eso porque la tal Sonia, después de la pelea con Jackson, se esfumó. Parece ser que desapareció del mapa neoyorquino y nadie había vuelto a saber nada de ella hasta la pasada madrugada. Parece haber sorprendido a todos su asesinato. Nadie se lo explica.

—O nadie lo quiere explicar, ¿eh?

—Eh, Jackson se deja caer cada noche por el Personal Man, local propiedad...

—De Roland Jiménez —le atajó otra vez el pelirrojo—, tipo que anda metido en el explotador «chulerismo» y que administra otros locales de los que a la vez es copropietario.

Reno enarcó las cejas.

—¿Puede saberse por qué me pagas?

—Porque me eres útil, *mon chéri*, no nos llamemos a engaño. Y como te conozco igual que si te hubiese parido, colega, sé que me estás reservando la sorpresa para el fin de fiesta, ¿no?

—¡Jo, macho! No hay quien pueda contigo. La sorpresa es ésta: tenías razón.

—No es su hermana... —musitó entre dientes, John Latimer Evans.

—No —negó su compañero y ayudante.

—¿A qué juega, Joseph?

—Hombre, verás... —Reno se mordió el labio—. No he podido enterarme muy bien de lo que se trae entre manos porque he tenido que dedicar mi atención a lo otro, pero se llama Maureen Segal y es sargento del cuerpo femenino de la Metropolitan Pólice, Departamento de Salubridad, Moral y Buenas Costumbres.

—¿Estás de coña, Joseph? —Evans casi le fulminó.

—¡Por mi madre que no, J. L.! La tía casi se queda contigo por la cara. ¿Cómo sospechaste que no era quien decía?

—Porque quería darme la sensación de que estaba excesivamente preocupada por lo sucedido a Sonia Yarza. Quería que yo me enterase bien de que ella sufría. Era como si tratase de justificarse sobre algo que yo no le había preguntado... ¡Así que poli!, ¿eh? —Y Evans soltó unas estruendosas carcajadas. Y dijo luego—: Se acordará de mí, tito. Palabra.

—Lo que no entiendo es por qué precisamente la poli tiene que acudir a un *private eye*, ¿y tú?

—Creo que lo entiendo. O me lo supongo. Deben ir ciegos en esto y a alguien se le ha ocurrido que yo, en este caso el elegido, puedo llegar más lejos porque no debo atender a la ley estrictamente escrita; que puedo utilizar métodos y sistemas que ellos, de rozar tan siquiera, tienen a la prensa de uñas echándoles a la opinión pública encima. Ya me ocuparé de la bonita Maureen, ya. Mis honorarios, de los que no le he hablado...

—Porque es muy feo hablar de negocios cuando se está en el catre con una buena hembra... —sonrió, pícaro, Joseph. Inquiriendo—: ¿O me equivoco?

—No, ¡listillo!

—¿Y qué hacemos ahora, chaval? —preguntó el colaborador de J. L.

—¿Dónde queda el Personal Man?

—En el gran Manhattan, justo debajo de Central Park y enfrente del New York Coliseum. ¿Quieres que nos dejemos caer por allí, Evans?

—O. K., guapo de cara. Pero...

—Por separado. Yes.

—¿Llevas el mechero que te traje del Japón, chapucero?

—¿Crees que puedo prescindir de un regalo del gran John Latimer Evans? ¡Siempre lo llevo encima, compañero! Las fotos que hace siguen siendo preciosas... ¡Y precisas, que es lo más importante!

—Pues quiero que me impresiones en cartulina brillante, para la posteridad, con cada individuo o individua con quien dialogue esta noche en Personal Man, siempre que puedas estar en las inmediaciones, claro.

—¿Piensas que Lou Jackson tiene que ver en la muerte de la chica?

—¡Ahá! Pero cumpliendo órdenes y sin intervenir en el luctuoso y sangriento suceso...

—Evans se pellizcó la barbilla. —¡Claro! —Y movió la cabeza de arriba abajo, sonriendo, como si su pensamiento estuviera muy lejos de lo que hablaba atendiendo a las preguntas de Joseph Reno—. ¡Por eso sabía ella lo de la tira que sustituía por «Asesinadoras» el vocablo «Visitadoras»! ¡Ja, ja, vaya con la niña! ¡Va y me dice, que no lo han publicado los periódicos! Debe ser de las últimas hornadas, sin práctica ni picardía profesional. ¡Ah, y ahora que caigo, ha estado a punto de meter la pata por otro lado! Cuando se refería al padre de Sonia me ha dicho... «*Su... nuestro padre era de por al í*». Ha corregido pronto, pero... Claro que yo de momento. ¡Joder, tú! Que medio me la haya pegado una tía.

¿Estaré perdiendo facultades, Joseph?

—No sé. Pero un poco loco sí que me parece que estás. Te pregunto una cosa y a medio responder te largas por los cerros de Ubeda. ¿Tanto te preocupa esa nena?

—Tiene algo, tito.

—¡Malo! Acabará llevándote al huerto.

—¡No seas agorero, Joseph!

—¡Hombre...! —exclamó a su vez el ayudante del pelirrojo—. La

verdad sea dicha, nunca te había oído hablar en esos términos ni con ese acento de una mujer. Tú eres de los que renuncias al eufemismo, ¿no?

—Vámonos de aquí, Joseph. No me gusta la conversación que estamos sosteniendo.

—Me lo supongo —y Reno se alzó de la silla.

J. L. se fue a la barra para abonar las consumiciones. Le preguntó la rubia de pechuga descarada que parecía manejar el cotarro por aquellos andurriales:

—¿Cuándo me dedicarás una noche entera, precioso?

—Será alguna vez, Mae. ¡Palabra de pesquisa! Pero cuando esté más en forma, cariño.

Una noche contigo debe ser como una eternidad en el cielo y aún no estoy preparado para esa clase de emociones. ¡Ciao!

—Embustero, golfo... —murmuró la fulana, viéndole salir—. ¡Pero qué «bueno» estás, pedazo de cabrito!

Reno y J. L. ya caminaban por la acera rumbo al aparcamiento donde Evans había metido su Nash 82. El pelirrojo le daba las últimas instrucciones, en estos extremos:

—Por poco que se pueda, Joseph, hay que evitar el jaleo, ¿eh? ¡Que se te va la mano muy de prisa, a veces!

—¡Coño! ¡Mira quien habla! Por menos de un pito estás calentando al apuntador y...

—Hablo en serio, detective.

—¡Toma, y yo! —se quejó Joseph Reno.

—No conviene que se queden de entrada con nosotros, Joseph. Tengo la convicción de que en ese antro se cuece todo el laberinto que ha llevado a Sonia Yarza a morir en un cuartucho del muelle. Detrás del asesinato de esa muchacha se cuece algo gordo y la olla me da en las narices que es Personal Man. Es curioso que Rubén María Portolés me haya hablado de ese sitio y Lou Jackson, que fue el *hombre* de la asesinada Sonia Yarza, frecuente el lugar.

—La vida está llena de casualidades, J. L. ¡Tú tienes que saberlo con la cantidad de libros que lees!, ¿no?

Habían tomado ya el ascensor que descendía hasta el aparcamiento.

—Estás o no estás en lo que te he dicho, ¿eh? —Se mosqueó el pelirrojo.

—O. K., patrón. Sólo se le puede partir la cara a un tío o patearle el hígado en caso extremo.

—Muy extremo —puntualizó, remarcadamente, John Latimer Evans.

—Muy extremo —repitió, irónico, su ayudante y colaborador Joseph Reno.

CAPÍTULO VI

La cosa empezaba con un vestíbulo en forma de rotonda, a media luz como decía un viejo tango de arrabal. A la derecha, en semicírculo, estaba el guardarropía atendido, como casi siempre, por una ex furcia que no supo en su momento administrar los caudales que le llegaban por la vía cómoda del colchón.

Unas cortinas que parecían, insólitamente, ser de gamuza o ante, diseñadas como si de un biombo se tratara, separaban el vestíbulo de lo que era sala central. Por la izquierda y paralelo a la pared corría el mostrador, acolchado, con altos taburetes por afuera, que cuidaban unas chicas muy puestas ellas, con un gracioso uniforme que las exhibía en medio, sugerente y bien diseñado despelote.

Se trataba de una mezcla de *pub*, *snack* y *night club*, pero no había tampoco que echarse las manos a la cabeza y asombrarse, no. Al fondo se distinguía, entre columnas de luz policroma intermitente, una pista para agitar las cachas al compás de sonidos estridentes pero modulados bajo el bombardeo sicodélico del sugestivo alumbrado.

Detrás de la pista, más al fondo aún, algunos veladores por rincones a los que con dificultad llegaba la penumbra que obtenían de las sombras unos apliques estratégicamente distribuidos.

Obvio que el lugar, Personal Man, debía contar también con reservados y alguna sala destinada al burle^[1].

—No veo ni jota, tío —se quejó Joseph Reno.

—Las nenas de la barra tienen unos faros que deslumbran. Será por eso, ¿no?

—Admitámoslo. Y ahora, lumbrera de la investigación, ¿qué hacemos?

—Ocúpate de alguna de esas monadas, emplea con ellas tus

innatos encantos varoniles, sedúcela...

—¡Vaaaaale! —se burló Reno de las ironías de su jefe y amigo.

—Procura obtener más informes de Jackson. Si vendrá esta noche por aquí, pongo por ejemplo, etcétera.

—O. K.

—Yo voy a ver si tengo la fortuna de departir, amistosamente por supuesto, con el señor Jiménez. Suerte...

Por entre los veladores situados tras la pista donde algunas parejas se daban refregones al compás de una mala imitación de los arreglos de Ray Connif, el pelirrojo vio moverse a un tipo muy elegante que parecía hacer las veces de *maitre*.

—Buenas noches —se le acercó J. L.

—Buenas noches, señor —respondió el atildado funcionario—. ¿Solo o acompañado?

—Vengo solo...

—Si me permite sugerirle la compañía de una bella señorita que le ayudará a pasar unos minutos francamente deliciosos, podría indicarle...

—Deseo hablar con el señor Jiménez —le atajó Evans, después de haber dejado, no obstante, que se explayara.

El *maitre* expresó sorpresa de la de verdad en la jeta.

—¿A... Roland? ¿Dijo que quiere hablar con el señor Roland Jiménez?

—¿Es que no hablo bien el inglés, amigo?

—Será difícil, señor.

—Estoy acostumbrado a vencer dificultades. De hecho, amigo, me paso la vida venciendo dificultades. Y a veces, sólo a veces y siempre que me obligan, las venzo por medio de sistemas poco ortodoxos. Usted tiene cara de tipo inteligente y creo que me esté entendiendo a la perfección, ¿verdad?

El otro, un tanto pálido y nervioso, palidez que acentuaba el fluido intermitente y sicodélico que le salpicaba la cara procedente de las columnas policromas, tartamudeó:

—Bueno... esto, sí, me parece... Si usted me permite, yo veré...

—No le permito nada, mi buen amigo. Le acompaño, ¿sabe? Usted va delante y yo voy detrás. Pero usted, delante, va pensando al mismo tiempo que llevo la diestra metida en el bolsillo de la chaqueta empuñando un Magnum 38 que hace unos ojales para los

cuales no se encuentran botones en ninguna mercería... A que sigue comprendiéndome, ¿eh?

Dio varios cabezazos de asentimiento. Muy contundentes.

—Sígame... —Sólo articuló.

Salvaron el último emplazamiento de veladores donde, en un ángulo disimulado y oscuro, comenzaba una estrecha escalerilla de caracol.

—No vayan a darle tentaciones mientras subimos, ¿eh, maestro? Porque le frío a tiros y me quedo tan campante.

—Sé que no habla en broma...

—Es una alegría tropezarse con tipos como usted. ¡De veras!

Arriba había un largo corredor alfombrado al que asomaban algunas puertas forradas de gutapercha. Llegaron frente a la penúltima de la derecha. El *maître* hizo intento de golpearla pero J. L. le detuvo:

—¡No, caballero! Nada de eso. Ya puede retirarse a sus quehaceres. Yo llamaré... ¡*Bon nuit, m'sieu*!
!

El empleado se fue, volviendo sobre sus pasos.

John Latimer Evans, sin estridencias, con normalidad, asió el pomo de la puerta, lo hizo girar y abrió.

—¡Hola, buenas noches! ¿Interrumpo algo?

Roland Jiménez estaba en un sofá, morreándose con una rubia platino de bastante buen ver que se satisfacía exhibiendo sus generosos pechos, a la que iba a morderle, cariñoso que era él, una orejita, cuando apareció el desconocido de forma tan inesperada.

El gerente del local tampoco se alarmó en exceso ni se produjo en términos violentos.

—¿No le parece que se ha equivocado de puerta, señor? —interrogó con un *yankee* de claro acento sudamericano.

—Si usted es Roland Jiménez, no me he equivocado. Y como usted es Roland Jiménez, ello demuestra que no me he equivocado; porque ocurre, señor Jiménez, que no suelo equivocarme.

—Entiendo...

—¿Le importaría decirle a la... *señorita* que se largue?

—Agatha, déjanos solos, por favor —le pidió el capitoste de Personal Man a la chica.

Ella masculló algo, con mal humor, pero acabó por recoger velas y salir de la estancia fulminando al apuesto y viril pelirrojo con la mirada.

Jiménez abandonó el sofá para situarse tras la mesa de despacho que había al fondo, por delante de la pared frontera, entre la cual y aquélla estaba una silla giratoria.

—Y bien, ¿qué le trae por aquí, señor...?

—John Latimer Evans, investigador privado.

—He oído hablar de usted. Creo que es de los mejores.

—Me halaga —tomó asiento, sin que nadie le invitara, delante de Jiménez. Y dijo—: Rubén María Portolés me ha dicho que quizá usted podría ayudarme en el asunto...

—¡Ah! —exclamó, cortándole, con sonrisa cordial—. ¡El bueno de Rubén María! ¿Qué tal está?

—Haciendo. Se conserva bien. No sé si ha entendido que vengo de su parte.

—Perfectamente, señor Evans. ¿Y cuál es el asunto en el que yo puedo ayudarle?

Antes de responder, Evans clavó su pragmática mirada de acero en las facciones sureñas, aceitunadas, varoniles pero chabacanas del otro. Era la clase de tipo salido de la nada, de la mierda, que había subido peldaños a costa de las mujeres. Y que luego, por el mundo ya con el bolsillo caliente, había procurado culturizarse un poco. Fachada solo.

Rascabas con la uña y aparecía al instante la basura. Tenía una elegancia adquirida, tanto en el vestir como en el producirse, olvidando las maneras agresivas que le sirvieran para llegar adonde ahora estaba.

—El asesinato de Sonia Yarza.

—He leído algo en el periódico, sí.

—¡Déjese de bobadas, amigo! Usted sabe con pelos y señales lo que ha ocurrido con esa chica...

Jiménez se envaró.

—¿Insinúa usted que yo tengo...?

—No sé si tiene o no que ver en el crimen, Roland —le atajó a su vez el pelirrojo—. Pero lo que sí sé es que ese morboso y sangriento asesinato se ha producido en el interior de ese mundillo aberrante por el que usted pulula, del que usted salió y del que

nunca podrá deshacerse. ¿Me explico?

—Ofensivamente, por supuesto.

—Al grano. Sonia estuvo enchulada con un golfo que se deja caer por aquí. Un tal Lou Jackson. ¿Tampoco le suena?

—Conozco al señor Jackson, por supuesto —admitió el sudamericano de sólida apariencia física y oliváceas facciones—. Pero ignoro sus fuentes de ingresos y desde luego el hecho de que tuviera o dejara de tener relaciones con esa pobre chica.

—Que no será la primera, Jiménez.

—Me parece que cada vez le comprendo menos, señor Evans.

—¿Y yo que diría que tiene usted una cara como el cemento armado, señor Jiménez?

—¡No le tolero...!

—¡Cierre el pico, macarra de pelo embreado! Si me saca de mis casillas le parto el alma en dos trozos —cuando John Latimer Evans hablaba en aquel tono y con aquellas palabras, impresionaba incluso a los tipos como Roland Jiménez que habían dejado la teta materna para liarse a correr por el mundo jugándose el pellejo en cada esquina. Pero es que estaba claro que al pelirrojo también le importaba un pimiento jugársela. Añadió—: Mira, Jiménez... —le tuteaba—, de momento no tengo claro que tú intervengas en la «película», ¿sabes? Pero como me enteré por ahí de que te han dado algún papel en el reparto, volveré. Volveré, ¿comprendes? Y cuando yo vuelva, chulo de bocadillo, te vas a arrepentir solemnemente de haber venido a este puerco mundo. Y no me preguntes con cara de imbécil si es una amenaza, ¡porque está claro que lo es!

Se alzó de la silla, empujándola violentamente contra la mesa tras la que se hallaba el sudamericano, nervioso, intentando guardar la compostura.

—¡Adiós! —Masticó, con mirada plomiza que heló y bastante al que seguía sentado, nervioso y posiblemente muy preocupado.

Dio un portazo al salir.

El *maître*, al verle asomar de nuevo por la sala de sombras y luces sicodélicas, se esfumó.

Evans puso proa a la barra donde Reno hacía manitas con una trigüeña que se había pasado en el destetamen.

—Hola, inquieto. ¿La has apalabrado ya?

Dejó de sobar a la trigüeña.

—Si llegas un minuto antes te hubiera podido presentar a Lou Jackson.

—¿Se ha largado?

—Sí. No ha hecho más que asomar el morro, hablar con aquella rubia platino y esfumarse, diría yo que con cierto nerviosismo.

Los ojos de J. L. se ocuparon en la rubia platino. Comentó:

—Es la que estaba con Jiménez cuando me he colado en su despacho. ¿Tienes idea de lo que ha podido decirle a Jackson?

—Ni la más remota.

—¿Has averiguado dónde vive, Joseph?

—Yes —sonrió. Agregando—: Ésta monería pechugona que me ha prometido ratos muy dulces —miró a la chica ampliando la sonrisa e iniciando un fugaz manoseo—, se ha encargado de desvelarme ese secreto.

—Pues vámonos. Es hora de charlar con Jackson.

—¿Qué le has sacado a Jiménez? —quiso saber Joseph.

—Nada... en palabras. Su expresividad puede resultar alentadora según se interprete.

—¿Está en el ajo?

—Si me fuera la vida en ello... —musitó el detective de largos cabellos pelirrojos—, apostarí que sí.

Se alejaron del mostrador y la trigueña exclamó:

—¡Eh, Joseph! ¿No vas a presentarme a tu amigo?

—Otro día, cariño, otro día.

CAPÍTULO VII

Cuando saltaron al suelo tras aparcar el Nash 82 en un punto discreto y cercano, dijo Evans:

—Iremos por la escalerilla de emergencia. No quiero sorpresas.

—Como quieras —admitió Reno.

Voltearon el edificio donde vivía Lou Jackson hasta encontrar la escalera de incendios.

—¿Subes tú o yo? —preguntó Joseph.

—Tú. Yo soy más alto.

Joseph Reno se alzó encima de los hombros de su compañero para alcanzar el tramo basculante de la escalerilla y traérselo abajo. Instantes después, en silencio y protegidos por las tinieblas, iniciaban el ascenso. Poco hubieron de apresurarse para forzar la ventana que asomaba al pasillo de la sexta planta, salvando el alféizar ambos, ágilmente, e internarse en el corredor.

—¿Qué puerta has dicho, Joseph?

—La cuarta...

Avanzaron por la penumbra. En el pasillo se hallaban encendidas varias luces piloto debidamente tamizadas en rojo y azul.

—Aquí es... —susurró J. L. deteniendo el avance ante una de las puertas.

—Déjame —dijo Joseph.

Y extrajo del bolsillo trasero de su *jeans* de pana verde un estuche aplanado del que sacó un par de instrumentos, dispuesto a forzar la cerradura con ellos.

Apenas hizo una leve presión la hoja de madera cedió unos milímetros hacia adelante.

—¡Está abierta!

Evans echó mano a la sobaquera y exhibió la Magnum, anunciando:

—Precaución, colega. Esto huele mal.

—Sí...

Reno, con la puntera del zapato, despacio, fue abriendo la puerta hasta que el espacio permitió el acceso de ambos. Evans tomó la delantera. El pasillo estaba oscuro, pero al fondo, donde debía hallarse el *living* o la sala de estar, brillaba una luz tenue.

—¡Y tan mal como huele! —exclamó, por bajines, Reno.

Asomaron, con precauciones, al cuadrángulo iluminado. El haz procedía de una lámpara de pie situada en el ángulo superior izquierdo cerca del mueble bar.

—¡Se lo han cargado, J. L.!

—Eso veo... Y hace muy poco. Los minutos que nos llevaba de ventaja han servido...

—¡Y qué mal lo han dejado!, ¿eh?

—Mucho, colega. Mucho.

En efecto, Lou Jackson, que hasta hacía pocos minutos viviera de sus encantos para con las hembras, estaba feo. Muy feo. Y es que nadie estaba guapo con la garganta destrozada, la cara convertida en un crucigrama sanguinolento, el pecho acribillado a cuchillazos o tijeretazos...

Sentado en la butaca y con la cabeza doblada, a no ser por el emborrachamiento de sangre que había tenido el asesino, hubiera podido decirse que Lou Jackson se había quedado dormido leyendo un libro.

Porque en el suelo, cerca de los dedos de su diestra, había un volumen.

—«Pantaleón y las Asesinadoras», ¿eh? —comentó Reno.

—¡Elemental, mi querido Joseph!

Tras la exclamación, Evans avanzó un paso rumbo al cadáver, ladeando la testa a derecha e izquierda de forma instintiva. La pulida superficie del mueble bar sirvió de espejo.

Y sirvió para que J. L. le propinara un violento empujón a su compañero que también avanzaba, imitándole, que le proyectó debajo de la mesa. El pelirrojo, al tiempo, en plancha, en circense exhibición felina voló por lo alto del muerto cayendo al otro lado de la butaca, revolviéndose en giro inverosímil, agachándose más,

quebrando con la muñeca armada y apretando el gatillo de su revólver.

Se confundieron como tres o cuatro detonaciones.

Alguien lanzó un grito de maldición al sentirse alcanzado por un plomo.

Otra persona, disparando atropelladamente hacia el punto donde se ocultaba Evans, echó a correr pasillo abajo.

Joseph quiso salirle al encuentro y eso evitó que J. L. hiciera blanco sobre el bulto que corría por temor a herir a Reno. Quien huía le pegó un seco punterazo en la cara al ayudante de Evans, partiéndole los labios y llenándoselos de sangre.

Cuando J. L. intentó darle al gatillo, Joseph volvió a levantarse.

—¡Tírate al suelo, imbécil!

El agresor ya había alcanzado la puerta y cerró, con estrépito, haciendo, al instante siguiente, girar un llavín en la cerradura.

Evans, que había literalmente volado por el pasillo soltó un taco enorme.

—¡Mierda...! —exclamó luego, bastante más moderado.

Regresando al *living* no se ocupó de su sangrante colega, sino de la persona que había alcanzado con sus disparos.

Inclinándose comprobó, con cierta sorpresa, que se trataba de una mujer.

Una punk de cabellos verdes y erizados, vestida con singular anarquía, que estaba agonizando. Los balazos de Evans habían sido certeros.

Le pasó la mano por debajo de la nuca alzándole la cabeza.

—¿Puedes oírme, muchacha?

Entendió que asentía con un parpadeo de sus embadurnadas pestañas.

—Mueve la cabeza, como puedas, afirmativa o negativa. Y piensa que te estás muriendo y es absurdo que mientas. ¿De qué te sirve ahora proteger o serle fiel a nadie, eh? Eres una de las «Asesinadoras», ¿verdad?

Milva asintió.

—¿Tuviste que ver en el asesinato de Sonia Yarza?

—S... i —consiguió mover los labios.

—Se trata de una red de proxenetas a nivel internacional con ramificaciones aquí, ¿cierto?

No pudo de nuevo mover los labios y repitió la afirmación con las pestañas.

John Latimer Evans vio que se moría, que el corazón, tras bruscas palpitaciones, había bajado el ritmo al enfilarse la recta definitiva.

Sólo restaban instantes. Los precisos para formular una pregunta concluyente. Ésta:

—¿De quién recibías las órdenes? ¿De quién? ¡Animo, sé buena chica! Haz algo para no subir arriba con las manos vacías. Un último esfuerzo... —insistía e insistía, nervioso, exaltado, el pelirrojo—, ¡el último! ¿Quién?

Vio el tremendo esfuerzo de la pintarrajeada y moribunda punk por darle movilidad a sus labios cuando ya en las apagadas pupilas aparecía, como un espectro, la vidriosidad de la muerte.

—

T... a... l...

Expiró.

—¿Tal... QUE? —se preguntó en voz alta John Latimer Evans—. ¡En fin...! —dejó la cabeza en tierra, le cerró los párpados y observando a Joseph que retenía entre sus manos el libro situado en las inmediaciones del asesinado Lou Jackson, largó—: ¡Eh, morros chorreantes! Cuantas más huellas dejes mucho mejor, ¿eh?

Reno, que con los cortinajes que había rasgado del ventanal, consiguiera contener la casi hemorragia que le causara el brutal patadón, no había perdido sus maneras socarronas y repuso, apartando las improvisadas gasas que apretaba sobre sus labios y que ahora distanciaba levemente:

—¿Eres tú quien tiene una amiguita en la bofia, detective?

—¡Je, je, je! ¿Por qué te haría tu madre tan gracioso?

—Sabían que vendríamos aquí... —habló, en serio ahora y con dificultad, agitando el ejemplar que sostenía en la mano y señalando a la vez el cadáver de Lou Jackson. Inquiriendo—: ¿Quién?

—¡Quien sea! ¿Y yo qué sé, hombre? ¿Es que me ves cara de zahori?

—Pero te tengo por un tío muy listo, colega. Fíjate si serás de los primeros que hasta la poli te manda una chica guapa para que te convenza para intervenir en estos berenjenales. ¿De quién

sospechas, lumbrera?

—¿Quieres que te ponga la cara peor de lo que la tienes, Joseph Reno?

—Seamos serios, John Latimer Evans —dijo el otro, moviendo la boca con mayores problemas cada vez. Añadiendo—: Estamos ante dos fiambres y nos apartamos de las normas... ¿Quién?

J. L. estaba registrando el cadáver de la chica.

—¡No llevaba ni un billete del subway! ¿Quién...? Roland Jiménez puede ser, o tal vez el venerable anciano Rubén María Portolés, años ha, el *Gígolo*

d'Or

. Sí, también él, ¿por qué no? Y no es que supieran que íbamos a venir, querido correligionario. Sólo lo suponían, y ante la suposición, han decidido enviar a las «Asesinadoras» por si acaso a Lou se le soltaba la lengua.

—¡Que se le hubiera soltado, desde luego!

—¿Cómo lo sabes, Joseph Reno... cómo lo sabes?

—Porque te conozco será, digo yo. ¿Y ésa, qué te ha dicho?

—Cosas que yo ya daba por hechas y tres letras: «t, a, l».

—Tal... ¿Qué puede significar eso?

—Se encogió de hombros el pelirrojo.

—Ni puta idea. Anda, larguémonos de aquí. Es posible que a la compañera de esta desgraciada le haya dado por canutear a la poli. ¡Fuera, fuera, señor Reno!

—¿A dormir...?

—No me conoces tanto como dices, ¿eh?

—Me quedaba la esperanza de que hubieses cambiado en los últimos minutos. ¿Qué toca ahora?

—Pasar primero por un dispensario para que te restauren la morrera. Luego visitaremos a una dama llamada Belle Julie.

—¿La Powell?

—¡Bingo!

—¡Joder, tito! ¿No te das cuenta que son cerca de las dos de la madrugada?

—A esas horas es cuando la Powell tiene más trabajo apañando citas. ¡Que no te enteras, paisano! ¡Que no te enteras!

Asomaban ya a la calle, dejando atrás el portal, cuando brilló una lucecita anaranjada en la acera de enfrente, restalló el proyectil

y fue a barrenar la pared, arrancando esquirlas, un par de milímetros por encima de la pelirroja azotea de Evans que había sido el primero en salir.

Se fue a tierra cuando tronaba el segundo balazo.

Reno, con rapidez de reflejos, echó a la izquierda, corriendo como un rayo en zigzag, a la vez que sacaba la «pipa» de la funda trabada en la correa del pantalón a la altura del muslo izquierdo.

Dio dos rápidas volteretas en el suelo sirviéndose de la nuca como muelle y se alzó, vertiginoso, empuñando el arma con la diestra cuya muñeca sujetaba con la zurda.

El agresor, sintiéndose blanco seguro, quiso abandonar su posición y lo hizo.

Sin contar con J. L. que desde el suelo, había tirado ya de la Magnum y hubo de hacer poco esfuerzo para meterle un plomo en la garganta, y otro en mitad del pecho.

Trastabilló, deteniéndose de súbito el que corría huyendo de los posibles balazos de Reno, alzando ambos brazos y dejando caer el arma. Luego, se estrelló de bruces en la calzada.

Joseph corrió hasta allí volviendo el cuerpo boca arriba.

—¡Es otra mujer! —exclamó.

—Otra «Asesinadora» —dijo Evans, llegando a su lado. Y se agachó para proceder al rutinario registro. Exclamando—: ¡Hombre...! Esta vez ha habido suerte.

Y le mostró una carterita de cuero que contenía un permiso de conducir a nombre de Annie Saks.

—RIP —se encogió de hombros Joseph.

John Latimer Evans se guardó la carterita en el bolsillo interior de la chaqueta.

—¡Fuera de aquí, Reno! En pocos minutos esto se llenará de coches radio patrulla...

—Seguro. Alguno de los que padecen de insomnio ya habrá dado el canutazo. ¡Y es que formas un follón con la Magnum, pesquisa!

CAPÍTULO VIII

Antes se pasaron por la unidad de urgencias del Kingsbrook Medical Center, que les cogía de camino, para que como dijera J. L. le restaurasen la morrera a Joseph Reno.

Lo que sí hicieron fue desinfectarle convenientemente, restañar de modo efectivo las heridas y aplicarle unos líquidos que, al decir y exclamar de Joseph, dolían y escocían y no sé cuántas cosas más, como la madre que los matriculó.

Eso, al menos, dijo a pulmón lleno el ayudante del cultivado y elitista John Latimer Evans.

Luego de todo este *affaire* sanitario volvieron al Nash 82 y avanzaron Brooklyn arriba por Ocean Parkway rodeando el Greenwood Cementery, que nada más divisarlo le hizo exclamar a Reno al tiempo que cruzaba índice y corazón de la diestra:

—¡Podías ser más cuidadoso!, ¿eh?

—¿Te siguen impresionando los cementerios, colega?

—¡No lo sabes bien!

—Pues a uno u otro irás a parar, ¿lo sabías?

—¿Por qué no te vas a hacer gárgaras, J. L.? ¡Preocúpate de conducir que cada día lo haces peor!

—¡Vergüenza tendría que darte! —exclamó el pelirrojo, burlón, por un extremo de la boca—. Un tío con pelos en el carnet de identidad... ¡y le dan apuro los cementerios! Le diré a las chicas que conoces que eres un almacén de jindama (*Vocablo procedente del argot e incorporado al lenguaje popular que significa tener miedo*), ¡y cómo se troncharán! Un tipo tan macho en la cama y se jiña al pasar por un cementerio. ¡Ja, ja, ja!

—¡Vale, tío!, ¿no? ¿Es que la has tomado conmigo a estas horas de la madrugada?

Mientras seguía atento al asfalto, J. L. repuso:

—Con algo tengo que distraerme, ¿no?

—¿Por qué no te distraes intentando pensar quién puede ser el «Pantaleón» de las «Asesinadoras»?

—Porque ése es un esfuerzo mental que espero me ahorre alguien, querido.

—¿Como quién, tito?

—Por ejemplo, la persona cuyo nombre empieza por «Tal», ¿no te parece, compañero?

—Posible, posible... Pero tampoco me parecería mal que intentaras deducir por tu cuenta y riesgo. Aunque ya comprendo que eso es pedirle demasiado a ese tocho con pelos rojos que tienes por cabeza.

J. L. cogió el viraje por Hamilton Avenue a gran velocidad, sobre dos ruedas, y Reno rebotó contra la portezuela llevándose un susto monumental.

—¡Si serás...!

—Dilo, dilo, colega. Que no ofende quien quiere sino quien puede.

—¡Bah!

Evans seguía pisando de lo lindo al Nash conforme ascendía, como una flecha, por Hamilton Avenue. Redujo la marcha cuando se internaron por el laberíntico entramado que componían las callejuelas del llamado South Brooklyn. Por aquel crucigrama complicado de callecitas y callejones fueron serpenteando, a buen tren desde luego, merced a la habilidad del pelirrojo en el volante que todo hay que decirlo, hasta asomar frente por frente y East River de por medio, a Governors Island.

El Nash se había detenido en Sullivan Street, frente al número 17, desde el cual hasta las aguas del río apenas podían calcularse cinco o seis metros de distancia.

—¡Pie a tierra, campeón!

—¿Aquí vive la celestina?

—O. K. ¿No te parece bien?

—Un asquito es lo que me parece.

—No pensarías que una pobre vieja puede montar una casa de tolerancia y lenocinio en la Fifth Avenue o en Riverside Drive, ¿verdad?

—Mejor estaría, orejas. ¡Ahora que digo eso, J. L.! Te dejas el pelo largo porque tienes las orejas muy grandes, ¿no? Patty me ha dicho...

—No me gustaría acordarme de tu progenitora, ¿entiendes? Si de taparme cosas grandes se tratase tendría que dejarme el cabello mucho más largo, larguísimo, ¿entiendes?

—¡Puaf! ¡Mira que eres grosero! ¿Grosero? Lo tuyo pasa de la obscenidad. A veces me pregunto...

—Es aquí, voceras. Cierra el pico —le cortó Evans.

—¡Jope! ¡Y con portero electrónico y todo!

—Qué te pensabas, ¿eh? —J. L. estaba pulsando el botón que correspondía al piso tercero letra C.

—¡Sí, sí, ya...! —replicó a través de la rejilla del interfono una voz cascada, aguardentosa, alcohólica—. Un momento, que consulto la agenda y...

—No hace falta que repases tu dietario de celestinaje, vieja bribona —la atajó el pelirrojo. Añadiendo—: No tengo cita, día ni hora. Soy Sherlock Evans, acompañado de su ayudante el doctor Reno, que venimos en visita de buena voluntad. ¿Nos abres?

—¿Evans...? —Sorpresa—. ¡Evans! —Alegría—. ¿Cómo tú por aquí? ¡Sube, sube...!

Sonó el zumbido eléctrico y J. L. empujó la pesada puerta de hierro y cristal.

Un viejo ascensor les llevó al tercero.

Julie Powell, desde luego, potingues, grasas y cremas incluidas, colorines y sombreados también, estaba hecha un asquito. Para tirar al desguace.

—¡J. L.! ¡Pero...! Pero ¡qué guapísimo estás! ¡Eres el tío más bien parido que he visto en mi vida! ¡Ay...! ¡Ay si la Julie fuera como antes! Te comería, ¿sabes?

—Sé, vejestorio. De joven alguien me dijo que estabas la tira de buena.

—Estaba... —Se echó las manos hacia sí en gesto elocuente—, ¡pero ya ves!

—Donde hubo...

Se colgó del cuello de Evans, interrumpiéndole, para besar con sonoridad las mejillas del pelirrojo. Tal acto efusivo hizo estremecer a Joseph al pensar que la próxima víctima sería él.

Después...

—Éste es mi ayudante y compañero Joseph Reno. Puedes besarle en la boca, Belle. Le encantan las ancianitas como tú. Aunque lleva un pistolón colgando del cinto, ¡es todo un sentimental!

Joseph, instintivamente, se hizo atrás. Y tendió la diestra.

—¿Qué tal está, señora?

—¡Qué chico más educado! ¿Has oído, J. L.? ¡Me ha llamado *señora*!

—No le hagas caso, bribona. Es deformación profesional.

La que un día bastante lejano ya obtuviera el calificativo de Belle Julie, se hizo a un lado abriendo la puerta al máximo.

—¡Pasad, pasad! ¿O es que pensáis quedaros ahí en la puerta? Hace fresquito en el rellano a estas horas, ¿no? A lo peor como soy tan vieja...

Entraron. Ya acomodados en el cuartucho cuya decoración respondía a los cánones de las décadas de los años treinta o cuarenta, preguntó, repentinamente seria, la anciana:

—¿Qué ocurre, J. L.?

—Sonia Yarza.

—¡Pobre muchacha! —exclamó Julie—. Me duele en el alma cuando matan a una...

—Le han cerrado la boca, ¿por qué?

—Se rumorean demasiadas cosas, Evans. Demasiadas... Demasiadas para que pueda admitirse alguna como cierta.

—Tú estás acostumbrada a escuchar versiones y a deducir por tu cuenta y riesgo, Julie —la instó el pelirrojo.

—Ya soy muy vieja, muchacho.

—¿Miedo...?

Julie Powell estalló en una carcajada que se mezcló con tosecillas convulsivas.

Agitándose toda ella, exclamó, riendo y tosiendo:

—¡Por Dios, J. L.! No me hagas reír... ¿Miedo? No lo tuve a los veinte años y quieres que lo tenga ahora... ¡Por favor!

—Nadie me quita de la cabeza que existe una red internacional de proxenetas que trafica con hermosas chicas, las explota y luego las mata. Pero a mí sólo me preocupa la delegación de esa red, la ramificación americana y la neoyorkina más concretamente.

¿Julie...?

La vieja le miró con sus ojos cansados.

—Sí... Se habla de eso, sí. Es más, Evans. Se habla de una isla en el mar Egeo, Creta para ser exactos, en una de cuyas cadenas montañosas está instalado un balneario para ancianos multimillonarios: banqueros, magnates del petróleo, navieros, estafadores de altos vuelos... Se les aplica un tratamiento para rejuvenecerlos, para que recobren temporalmente su voracidad sexual, y se les ofrece luego un fantástico paraíso de bellas hembras llegadas de diferentes puntos del planeta. Eso es lo que se habla, J. L.

—¿Quién recluta a las muchachas?

—¿Hace falta que te lo aclare...? Chulos, chulos con cierta clase.

—¿Droga?

—Es imprescindible, detective. Ninguna mujer, por muy loca que esté por un hombre, se presta al tejemaneje de Creta sabiendo que después la dejarán hecha cisco. Droga, claro.

—¿Eso le pasó a Sonia Yarza?

Afirmó, rotunda:

—Eso le pasó a Sonia Yarza.

—¿Qué me dices de Roland Jiménez?

—Es un sudamericano hijo de mala madre. Por su culpa se han estropeado muchas pobres chicas.

—¿Supones que pueda andar mezclado en...? —inquirió Evans.

—Eso ya es mucho aventurar —le cortó la celestina—, mucho, J.

L. Pero

no lo descartes tampoco. Pero... —Pareció dudar Julie Powell—, ¿sabes qué ocurre?

—Si no me lo dices...

—Lo hago poco inteligente para aceptarlo como delegado local de esa red de traficantes de chicas. La gente de altos vuelos, y esta operación está dirigida por caballeros de éstos, se conectan entre ellos, ¿comprendes? Los tipos del estiló de Jiménez para limpiarles los zapatos como máximo y decir amén a todo.

—Ya. Puede ir de comparsa, ¿no?

—Puede, sí.

—Julie... —Evans la miraba con sus ojos escrutadores que en esta ocasión reflejaban cariño, casi lástima diríase, al contemplar

aquella ruina humana que se ganaba los postreros dólares apañando citas para las chicas jóvenes—, en el ajo ha intervenido un fulano deleznable que se llamaba Lou Jackson...

—¿Lo han «pringado»?

—Esta noche...

—¡Gracias a Dios! —exclamó la vieja—. ¡Un mal nacido menos!

—Quiero saber de alguien que pueda hablarme a conciencia de ese mal nacido —anunció Evans.

Joseph Reno seguía el diálogo de Julie y su compañero en absoluto silencio. No había razón que justificase su interferencia y se limitaba a escucharles atentamente.

—Su «talón de Aquiles» —repuso tajante—. No se me ocurre nadie más.

—Explícate...

—A lo fulanos que viven como lo hacía Lou les suele suceder, a veces, lo que a sus explotadas, ¿entiendes?

Negó el detective con la cabeza.

—No...

—Se enamoran perdidamente de una mujer que les sorbe el seso, como ellos hacen con sus... *protegidas*, y les sorbe el dinero que de ellas obtienen. Lou Jackson padecía de esa enfermedad.

—¿Cómo se llama?

—Talía Brown...

Joseph Reno casi brincó del almohadón donde estaban hundidas sus posaderas al encontrarse su mirada significativa de ojos muy abiertos, con parecida expresión en el rostro de su colega. Y ambos exclamaron al unísono:

—¡«T, a, l»...! ¡Talía Brown!

Julie Powell los miró a ambos, alternativamente, con manifiesto asombro.

—¿He dicho algo malo... o estáis así de majaretas?

—¿Tienes la dirección de esa individua, Julie?

—No es ningún secreto. La zorra tiene una madriguera de película al norte del gran Manhattan. Esas tías se lo montan bien y no como una servidora, que como podéis comprobar con vuestros propios ojos...

—¡Julie, Julie, por favor...! —exclamó, cortando su oratoria autocompasiva, el detective—: ¿Dónde?

—Forth Washington Avenue, 12... ¡impaciente! Es una quinta residencial.

John Latimer Evans le metió por entre la ropa, a la altura de lo que un día fuera tentador escote, un par de billetes de cien.

—¡Gracias, hijo! Y Dios te acompañe siempre.

Evans besó las pintarrajeadas mejillas.

—Adiós, bribona.

Joseph Reno, sintiendo una enorme compasión hacia aquella vieja, venciendo su inicial repulsión, se inclinó también, para besarla.

—Adiós, señora.

En esos pequeños actos, a veces, se unían las grandezas y las miserias de la vida.

Que luego se distanciaban para continuar por muy diferentes senderos.

Ya en la calle dijo Reno:

—En el fondo, son dignas de lástima.

—Sí... Viven una época en las nubes y cuando bajan, normalmente de golpe, a la tierra, el batacazo es monumental. Luego, sólo les queda un guardarropía, la venta de tabaco y cerillas o apadrinar a las más jóvenes. *la vie, mon chéri*

C'est

—consultó su reloj de pulsera, añadiendo—: Y a todo esto, entre pitos y flautas, «Asesinadoras» y tiros, tenemos casi las cuatro de la mañana. Es hora, pues, Joseph Reno, de que los niños se retiren a descansar, ¿verdad?

—¿Qué dices, Sherlock? ¿Que vas a acostarte ya?

—Tú eres el que se va a acostar, querido.

—¿En función a qué, colega?

—A que mañana quiero que menees pronto las cachas para obtener la filiación completa de Roland Jiménez y las operaciones de toda índole en que haya intervenido últimamente. ¿Hace?

Joseph, encogiéndose de hombros, filosofó:

—Donde hay patrón...

—¡Exacto, exacto, compañero! Da gozo comprobar de lo que es capaz tu aparato pensante... ¡Gozo da, chico!

—No hay por dónde cogerte, macho. Eres pedante, soberbio, engreído... ¡No sé por qué leches te aguantó!

—Será porque te caigo bien, ¿no?

—Más bien porque me haces ganar pasta. Si fuera por libre no me comería un rosco. Yo soy muy sincero conmigo mismo, pesquisa. ¿No lo sabías, John Latimer Evans?

—Sólo lo suponía, Joseph Reno. Pero después de oírte, estoy completamente seguro. Te invito a subir a mi coche...

—¡Generoso! ¿Y me acompañas a casa?

—Nones. Te dejo en una parada de taxis.

—¡Ordinario! —rió Joseph. Inquiriendo—: ¿A qué hora y dónde mañana?

—Entre una y dos p. m. en el Veneno Escocés.

—O. K., patrón.

J. L. puso el Nash en movimiento.

CAPÍTULO IX

El 12 de Forth Washington Avenue.

O. K.

Aquello valía una pasta gansa, sí.

Julie Powell tenía razón. Las tías que se lo montaban bien... pues eso.

Una valla artística circundaba la residencia. Más que como sistema de protección, como un adorno arquitectónico más.

Y la portezuela estaba entreabierta.

Talía era una chica confiada, sí.

Un jardín pequeñito pero mono, bien cuidado. Con sus cuadros de césped y flores, sus setos, enredadera en el tronco de los arbustos, *etc.*

Lo que era la casa, un modernísimo *bungalow* para ser exactos, espacioso al menos por fuera, con incrustaciones de madera o algo que la imitaba jugando con el cemento y la piedra, se alzaba como a dos metros del suelo sostenido por cinco columnas.

Detrás se divisaba lo que debía ser un garaje. También se obtenía la fugaz visión, entre sombras y penumbra, de un campo de tenis.

John Evans Latimer con paso seguro, sin prisa, avanzó, ascendiendo por la escalera que desde el piso de grava alcanzaba la puerta central del *bungalow*. Le dio al zumbador que se dejó oír con musical tintineo.

Tardaban en abrir.

Lógico a aquellas horas.

De pronto tuvo delante de él una cara soñolienta de ojos legañosos con pelos alborotados y expresión de fastidio.

La fulana exclamó:

—¡Oiga! ¿Pero usted sabe qué hora es?

J. L. le ofreció, generoso y sin pasar factura, la mejor de sus impresionantes sonrisas.

—Claro que sí —y alzando la muñeca zurda echó un vistazo al reloj—. Son... ¡las cuatro y treinta y dos minutos, en punto, de una espléndida madrugada! ¿Se ha fijado en qué cielo tan azul y limpio apunta el nuevo día? Y ahora, ¿le importaría decirle a la señorita Brown que el señor Evans está aquí? Que deseo verla.

—¿Y usted cree que la señorita Brown recibe desconocidos a estas horas?

—Soy de fiar, señora. Le doy mi palabra.

—No quiera el señor hacerse el gracioso porque me revienta. Vuelva a una hora decente.

—Sentiría «tocarle» la cara, señora... o lo que sea.

Había sido una mujer guapa. Pero de eso hacía tiempo. Porque ahora, amén de que ninguna dama estaba excesivamente hermosa recién levantada del catre, había en su rostro evidencias que nada tenían que ver con su soñolienta situación. Y sí con la droga.

Con el pinchazo más concretamente. Círculos violáceos bajo los ojos, bolsas prematuras, ansiedad en la mirada, opacidad en el fondo de las pupilas. Era alta y llevaba la melena a ras de hombros, encima del batín oscuro en que había aparecido envuelta.

—Me está amenazando y eso no me gusta.

—Menos le gustará que cumpla mi amenaza. Avisa a Talía o me planto yo al lado de su cama, ¿eh?

—¡No está en la cama! La señorita madruga mucho y ahora ya se encuentra en la piscina.

—¡Pero qué limpita! Aseándose tan de madrugada. ¿Puedo pasar o qué?

—Espere...

—Pero que sea poco tiempo, ¿eh?

Le dio la espalda sin hacer ningún comentario más.

J. L. la vio desaparecer entre cortinajes de vaporoso colorido. El vestíbulo donde se hallaba era en verdad impresionante. Mobiliario moderno pero costoso, figurillas de genuina porcelana de Sévres, etcétera. Frente a los ojos del avisado y desenvuelto pesquisa... cultivado y elitista que hubiese dicho él, en directo, en una rinconera, había una planta rara y alta que producía unas enormes

hojas verdes. Éstas irradiaban un hálito fragante, agradable, de perfumado frescor.

Regresó la otra.

—Venga —dijo, seca.

Fue.

Plantas. Plantas por doquier de todas clases. Talía debía ser una maníaca de las plantas... y de algo más también. Flores, muchísimas flores perfumando el ambiente, dándole sabor y color.

Salieron a la parte trasera del jardín por la puerta del *bungalow* que figuraba al reverso, casi en línea recta, de la que Evans utilizara para entrar. O mejor dicho, la que le habían abierto para que entrase.

La piscina.

Una chica se estaba cabuzando y emergía a instantes oteando su melena oscura.

—Ahora mismo saldrá.

No le prestó más atención ocupado en las figuras que a lo Esther Williams de los buenos tiempos, Talía Brown, trazaba bajo el agua dentro de un recinto en forma de «8».

Hasta que al fin, decidida, emergió.

Llegó cerca de J. L. con brillo en el cuerpo por las gotitas que lo perlaban, agitando constantemente su cabellera.

—¡Hola, madrugador!

El bikini era para chuparse los dedos.

—Hola, bonita. Tú tampoco te quedas corta madrugando, ¿eh?

—¡Chuck, Robin...! —llamaba la mujer sin hacer caso a la respuesta del detective.

Serían los matones de turno, debió pensar J. L.

Se equivocaba, porque los matones no tenían cuatro patas ni tampoco rabo. Al menos detrás.

Chuck era un impresionante dogo alano, elegante, de miembros alargados, elástico, que llegó junto a su dueña meneando el rabo y mirando al pesquisa de reojo. Las manchas negras de su pelo raso formaban como una máscara en el morro del animal.

Robin era...

—¡Oiga, Talía! Eso es un coyote, ¿no?

—Es. Pero tranquilo. Está domesticado. Aunque no suele consentir que me molesten.

Ni Chuck tampoco, claro.

—Ya... ¡Simpáticos animalitos!

—¿Qué es lo que quiere de mí, Evans? —comenzó ella a caminar, oscilando sus glúteos de fábula que daban la sensación de perder, de un momento a otro, la pieza inferior del bikini, hacia lo que era garaje, y J. L. lo comprobó al entrar tras ella, también gimnasio—. ¿Por qué ha dicho que se llama Evans?

—De tú, mona. Sabes bien que me llamo John Latimer Evans.

Se empezó a cambiar delante de las narices del detective, poniéndose un kimono de judoka. Los animales la escrutaban con atención y estaban pendientes, pero que muy pendientes, de los movimientos del desconocido.

—¿Por qué había de saberlo?

—Sonia Yarza, Lou Jackson... «Pantaleón y las Asesinadoras». Porque sabes qué ando investigando. Lo que no sabes es que una punk de pelos verdes creo que eran, me dio tu nombre antes de diñarla. Annie Saks no pudo corroborarlo porque la dejé seca al punto.

Fuera máscaras y al grano, linda. ¿Quién es «Pantaleón»?

—Como si me hablaras en chino, majo. ¡Oye...! Guapo sí eres. Si en la cama respondes... ¡no quiero ni imaginarlo!

—Te voy a dar fuerte, princesa.

—¡Atrévete. Evans!

Aquello fue visto y no visto.

La zurda de J. L. se estrelló en la bonita y cobriza cara de Talía Brown proyectándola, por los aires, contra el plinto y derribando con ella el aparato de gimnasia en tierra. La diestra hizo salir la Magnum como por ensalmo, le dio al gatillo en fracciones de segundo, y cuando Robin, el coyote, se lanzaba por él, le metió dos proyectiles en el entrecejo.

El dogo alano tardó unos instantes en reaccionar. Y cuando hizo intento de tirarse encima del pelirrojo, Talía, en un grito desgarrador, detuvo al animal:

—¡QUIETO, CHUCK... QUIETO! ¡AQUI! ¡AQUI CON TALIA!

La chica temblaba. Añadió:

—¡Te lo suplico, Evans! No lo mates.

—Creo que nos entenderemos, prenda. ¿Qué tienes que ver tú con esas niñas de pelos tiesos que andan por ahí de «Asesinadoras»,

eh?

La hermosa mujer, la que con su terrible encanto sexual sometiera a Lou Jackson, se alzó del suelo acariciando la cabeza del perro, contestando:

—Apenas nada, Evans. ¡Te lo juro!

—¿Vuelves a las andadas, nena? ¿Es que quieres que me cargue al perro?

—Tú no matar nadie —dijo una voz a su espalda. Agregando—: Omar destrozarte.

John Latimer Evans giró en redondo.

Vio al fulano que decía llamarse Omar.

Un eunuco legendario de *Las mil y una noches*, pero con cara de muy mala leche. Algo impresionante era aquella mole. Algo que puesto en «funcionamiento» debía resultar demoledor. Algo que sólo se veía, muy de tarde en tarde, en los circos.

Era un mogol (*Nombre dado al pueblo turco no mongol sobre el que reinaron los descendientes del Kan Tamerlán. A estos soberanos se les conocía en Occidente bajo el título de Gran mogol*) a juzgar por sus características, seguro.

Con algo más de dos metros desde el suelo hasta su rapada cabeza que brillaba como si fuese de cera.

J. L. tenía la Magnum en la mano y cometió el error, por primera vez, de confiarse. Quizá porque llevaba demasiadas horas de pie, metido en aquel laberinto, y sus habituales y exactos reflejos habían decrecido a causa del agotamiento.

Porque Omar giró como una peonza, se fue adelante, saltó en el aire y la puntera de su pie izquierdo desnudo impactó, brusca, dolorosamente, en la muñeca armada de Evans.

La Magnum rebotó en algún lugar del garaje-gimnasio.

—Eres un tío a considerar, amigo. ¡Ya lo creo! —dijo, mientras se friccionaba la muñeca, retrocediendo a la vez un par de pasos.

—¡Yo destrozarte, enano!

Ya se pueden imaginar cómo era el tío que llamaba enano a un John Latimer Evans que sólo medía ciento ochenta y cuatro centímetros.

—Yo me marchó, detective —dijo Talía con burlona son risa—. Entiéndete con él, ¿eh?

A lo mejor responde a tus preguntas.

—No he dicho en ningún momento desde que he llegado a esta casa que soy detective.

—Pero sí has dicho que yo sabía sobradamente cómo te llamabas, ¿no? Es cierto, Apolo. Y lo de pesquisa tampoco lo ignoraba. Hace rato me han advertido por teléfono que era probable que te dejaras caer por aquí. ¡Adiós, y mala suerte!

Salió del garaje-gimnasio con su dogo alano al lado.

—¿Qué esperas para atacarme, cara de imbécil?

Chispearon los ojos del mogol. Eso buscaba Evans, que aquella cara brutal reflejase alguna sensación, que delatara algún movimiento...

Se le vino adelante moviendo los troncos que tenía por brazos en busca de dos golpes vitales, definitivos. Pudo quebrar la embestida y castigar con el filo de ambas manos, revolviéndose sobre su propio quiebro y la inercia del otro, ambos flancos.

La mole acusó el impacto, pero no por ello detuvo su afán bélico. Se revolvió en un palmo de terreno lanzando una pierna arriba, cuyo pie acarició el rostro de Evans cuando realmente buscaba destrozárselo.

Ladear la cabeza le dejó, por instantes, en inferioridad de condiciones y Omar pasó al ataque, fulminante, decidido.

J. L., recibiendo un impacto demoledor en la parte izquierda del cuello, se tambaleó, acabando de espaldas en tierra. Y ahogando el dolor hubo de encoger ambas piernas presto, velocísimo, hacer muelle y dispararlas hacia lo alto para frenar la arremetida de Omar.

Las plantas, mejor las suelas de sus zapatos, se estrellaron con violencia en el bestial tórax del otro deteniéndole, sólo durante segundos. Porque la fuerza demoledora de la avalancha del mogol acabó por obligarle a encoger de nuevo las piernas pero en contra de su voluntad.

Consciente de que no podría desplazarle las encogió todavía más y ladeándose como una centella, dejó que Omar se aplastase contra el piso.

Era cuestión de realizar un sobrehumano esfuerzo si no quería dejar el pellejo entre las manos de aquella bestia.

Brincó arriba cuando el mogol intentaba lo propio, pasando a su espalda con ambas manos unidas, como si se las estrechara, para

descargar una andanada mortal en la nuca de Omar.

Mortal, en otro que no hubiese sido el mogol, claro.

Porque giró.

El punterazo fue directo a los genitales y ahora sí que la mole acusó la atronadora violencia con que era castigado.

Encogiéndose.

Y fue cuando Evans, jugándoselo todo a una carta, salió con ambos pies por delante estrellándolos en la cara estrábica ahora, de Omar. Dio varios giros el mogol siendo acompañado por sucesivos y bestiales golpes de karate que J. L. haciendo acopio desesperado de todo su saber y potencia física, aplicaba sin piedad, contundente, machacón y demoledor, en cuello, diafragma, flancos, plexo solar...

Hasta que cuando Omar también iniciaba un esfuerzo desesperado por escapar y responder al diluvio de violencia que lo minaba, los dedos índice y corazón de la diestra de Evans se distanciaron, como formando la «v» de victoria que con frecuencia empleaban ciertos políticos... pero en el caso de J. L. para incrustarse en los ojos de la mole.

Hizo blanco.

Y el aullido que brotó de la garganta del mogol fue espeluznante.

—¡Aaaaaaaaaaag!

Lo tenía a su merced, pero sabía que allí no tenía cabida la piedad si él quería seguir vivito y coleando. Una y otra vez, hasta la extenuación, martilleó con brutalidad la nuca del enemigo.

Hasta que Omar se quedó roto como un pelele de trapo.

Tanto, que no había otra solución que buscarle un ataúd a su medida.

John Latimer Evans, agotado, tambaleante como un beodo, salió del lugar caminando torpemente hacia la casa. Sabía que no encontraría a nadie, pero si las fuerzas le respondían quería efectuar un registro.

Le dolía todo el cuerpo como si tuviera millones de alfileres clavados, pero lo más preocupante era aquel intermitente martilleo que sentía en las sienes y el mareo, un extraño mareo que le producía náuseas.

Se apoyó en la baranda de la escalera y de súbito, comenzó a vomitar.

Una puerta, la que daba a la casa, se abrió con estrépito.

Gritando una voz femenina, exaltada ahora, pero de costumbre cálida y excitante:

—¡J. L.! ¡J. L.! ¡Por Dios...! ¿Te sientes bien?

Y Maureen corrió a socorrerle.

Evans la vio entre nubes de lejano algodón como si flotara encima de ellas. Bueno, no conseguía concretar si flotaba él o era Maureen la que se mantenía en el vacío.

—¿Qué... qué haces... tú...?

—Calla, por favor. No hables. Luego... ¿Quieres apoyarte en mí e intentar levantarte?

Dijo que sí con la cabeza.

Con él a cuestas logró la hermosa mujer llegar al interior de la casa y dijo:

—Te ayudaré a tenderte, J. L.

—¡No... no! Hay que irse de prisa...

—¡Si no puedes moverte!

—Tú conducirás... poli.

—Lo sabes, ¿verdad?

—Ha... hablaremos de eso en... otro momento... Ahora... hay que ir por él.

—¿Quién, J. L., quién?

—«Pantaleón»...

—¿Pero quién es «Pantaleón»?

—¡Cállate ya, estúpida! —Tuvo un arranque de fuerza y de rabia —. No sigas preguntándome más tonterías y vamos al coche... ¡Si se larga nos quedaremos con las manos vacías! —Está bien, J.

L. Lo

que tú digas.

CAPÍTULO X

El Ford modelo Capri, en rojo, pilotado por Talía Brown avanzaba a buena velocidad por la carretera que iba a desembocar por el sureste del Queens al John Fitzgerald Kennedy International Airport.

Cuando el bólido rebasó el último cruce de la carretera antes de internarse definitivamente en los aledaños habitados del Queens, ni Talía ni su acompañante se percataron del vehículo que se encontraba estacionado casi en el vértice izquierdo del cruce asomando a él.

—¡Ahora...! ¡Demuestra que eres una policía!

Maureen Segal, revólver reglamentario en ristre, pulso firme y mano armada sostenida por los dedos de la otra, apretó el gatillo.

Restallaron las detonaciones.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!

Tres.

—¡Bravo, muchacha, bravo! —gritó Evans, como si aquello le ayudara a recuperarse de la agotadora refriega sostenida minutos atrás con el mogol.

Los tres proyectiles impactaron, sucesivamente, en el neumático trasero derecho del Ford rojo modelo Capri.

El vehículo, perdido el control del mismo la conductora, hizo una serie encadenada de extraños hasta salir despedido, centelleante, en zigzag primero y en vertiginosa línea recta después, para acabar estrellándose con atronador impacto contra el muro de un recinto donde un enorme letrero anunciaba la venta de remolques, caravanas y demás accesorios.

Maureen y Evans ya corrían hacia el lugar.

Una portezuela del coche se abría emergiendo del interior,

medio groggy, sangrante, la figura de un hombre.

J. L. alcanzó la parte del conductor comprobando con un solo vistazo que Talía Brown había dejado los sesos pegados en el parabrisas. Un hilillo rojizo resbalaba desde la sien, por la mejilla derecha, hasta la garganta.

Maureen, con toda facilidad, esposó al hombre.

Al trémulo y desarbolado anciano que un día, en el mundillo de la prostitución elegante y en los ambientes supuestamente sanos, fuera conocido con el alias de *Gígolo*

d'Or

Rubén María Portolés.

—Lo siento, viejo —dijo el pelirrojo, acercándosele. Añadiendo —: La cosa estaba demasiado clara. Se volcó usted en obstaculizar mi camino apenas salí de su búnker.

Quiso engatusarme con la pista falsa de Roland Jiménez mientras ordenaba borrar del mapa la única verdadera: Lou Jackson, que podía conducirme a Talía. Porque él, ignoraba que «Pantaleón» era usted. Recibía las órdenes de ella... Pero cometió el error de recordarme la existencia de la Belle Julie. Al darse cuenta, avisó a Talía de mi posible visita... Se disponían a volar a Creta, supongo, ¿no?

Rubén María Portolés se sostuvo contra la pared que medio había destruido el morro del Ford al impactar demoledoramente en ella.

—Sólo... —articuló—, sólo siento la muerte de Talía. La única mujer a la que he llegado a amar de verdad en toda mi vida. Un amor... que como les ocurre a los hombres de mis características, me llegó muy tarde. ¡Hubiera... hubiera dado mi vida, LA MIA, por salvar la suya!

—Ésa será su penitencia, Portolés. Porque usted, imagino, «pasa» de los años de presidio que puedan caerle. Por razones de longevidad no llegará a cumplir ni la cuarta parte de su condena. Pero... ¿por qué se metió en este jaleo?

Maureen hubo de ayudarle a sostenerse porque amenazaba, pese a estar recostado contra la pared, venirse abajo.

—Más de la mitad de mi fortuna... —Una sonrisa amarga floreció en los labios ajados del anciano *maquereau*—. Evans... está

invertida en Creta. No hacía más que defender mis intereses colaborando en el envío de sugestivas muchachas. ¡Si usted viera aquello...!

—Me mintió usted también al decir que no leía, que la vista no le acompañaba... En la biblioteca de la sala donde me recibió observé la presencia de recientes publicaciones. En especial de escritores sudamericanos. Gabriel García Márquez, Cabrera Infante... Me llamó la atención, mientras le esperaba, que poseyera varias novelas de Mario Vargas Llosa. Si no me equivoco conté *La ciudad y los perros. La Casa Verde. Conversación en la Catedral...*

Pero no estaba *Pantaleón y las Visitadoras*. ¿Quizá porque le estaba dando un repaso para escenificar correctamente su monomanía literario-asesina?

—No... No por eso, Evans. Con lo del libro sólo pretendía confundir a la policía.

—Pero la policía, aquí presente —y señaló con malhumor a la mujer—, tuvo el acierto de recurrir a un tipo inteligente, cultivado y elitista como yo... ¡y ya lo ve!

Otra amarga sonrisa se pintó en labios del anciano.

—En menos de veinticuatro horas ha terminado usted con lo que me costó semanas estructurar. En el fondo soy un... un rival noble. Felicidades, Evans...

J. L. acudió en ayuda de Maureen porque Portolés se le escapaba de las manos. El pelirrojo, en volandas, lo llevó hasta el Nash modelo 82.

—Tengo que avisar a mis compañeros, Evans.

—¡Sí, sí, por mí no te cortes, muchacha!

—Luego hablaremos, ¿quieres?

Se encogió de hombros.

—Sólo recibo visitas de 4 a 7 y por las tardes. Estupideces escucho por la noche, en la cama, de 10 a 5 de la mañana... ¿Dónde quieres que lleve a Rubén María Portolés?

—Creo que el centro asistencial que más cerca queda de aquí...

—Se mordió el labio inferior—. Hummm...

—El Booth Memorial, linda.

—¡Sí...! Tú también necesitas asistencia, J. L.

—Tranquila por eso, poli —le dedicó una sonrisa burlona y fría a la vez. Puntualizando—: Hay una chica llamada Patty que está

loca por hacer cursillos de enfermera sobre mi espléndida anatomía.
Diles a tus colegas que llevo el viejo al Booth Memorial.

—¡Evans, escucha! Te lo ruego...

Puso el Nash en marcha saliendo lanzado.

—¡*Ciao*, embustera!

EMPIEZO CONTANDOLO YO

En directo, que es como tiene mérito.

Por lo cual, espero que sepan disculpar, como dicen los de la tele, cualquier error que pueda producirse. La buena voluntad es firme, las ganas de hacerlo bien extraordinarias, pero el directo es el directo y comporta sus riesgos.

Entre ellos, el de no poder subsanar una equivocación en caso de producirse.

¿Decía...?

¡Ah, sí! Que empiezo contándolo yo.

Yo... John Latimer Evans.

Los amigos, los más íntimos, desde que Larry Hagman ha hecho más dinero dándole vida al protagonista central de la serie «Dallas», el malvado J. R., que el Jimmy Carter vendiendo cacahuetes... desde que eso ha sucedido les decía, los más íntimos me llaman J. L.

Soy tolerante con ellos y no me cabreo.

El arte de dominar los impulsos íntimos, las ganas de estropearle la cara a un semejante o de cagarse en la madre que lo parió... está dentro de mí y lo practico con singular estoicidad.

No siempre, claro.

Porque a veces hay gente que le saca a uno de sus casillas, que le hace perder esa extraordinaria virtud del dominio, ese cristiano quehacer del perdonar, esa tolerancia... y entonces uno, servidor en este caso, adopta radicales posturas barriobajeras, se acuerda de la madre del otro y de toda su puñetera generación, le parte la boca por los cuatro puntos cardinales y si es preciso le añade un par de patadas en las pelotas y lo deja nuevo.

¡Y es triste que a uno le hagan llegar a esos extremos!, ¿no

creen?

Porque ustedes pensarán, seguro, a través de lo que les estoy contando en directo, que J.

L. Evans

es un tipo procaz, un matón de barrio chino, un déspota... ¡y nada más lejos de la realidad!

Soy un tipo cultivado. Así, como suena.

Tampoco vayan a suponer ahora que soy una hortaliza, una berenjena o un pimiento morrón. Se entiende cultivado en su más estricto sentido cultural. Elitista. Me he preocupado de mi espíritu y de mi intelecto en la misma medida que me he ocupado de mi cuerpo. ¡Ah, de mi cuerpo les hablaré después! Señoras menopáusicas, señoritas necesitadas de... digamos impulsos vitales, señoras que se suponen timoratas porque no tienen más narices que serlo, señoras que se imaginan maravillas que nunca han conseguido alcanzar... abstenerse de leer los párrafos en que me extienda sobre mis atributos físicos, mi cuerpo claro.

Hablábamos de cultivar, ¿no? Del espíritu, del cerebro... un cerebro que más o menos todos tenemos igual pero que a todos no nos sirve de lo mismo. Es importante cuidar de la salud de la mente. Ya lo decían no sé si eran los griegos o los romanos (los filósofos de ambas culturas dijeron cosas maravillosas, que como todas las filosofías y todas las cosas maravillosas no sirvieron, por supuesto, para nada)... *mens sana in corpore sano*.

A los nueve años ya me estaba leyendo aquella famosa obra de Margaret Mitchel que llevaron a la pantalla Clark Gable, Vivien Leigh, Leslie Howard y Olivia de Havilland, aquel *best-seller* que entonces no se llamaba así y que se titulaba *Lo que el viento se llevó*. Mi madre clavó el grito en el cielo porque le dijo al viejo que no me permitiera husmear en su biblioteca y hacerme con semejantes engendros diabólico-literarios. Mamá era de Boston, muy puritana y cargada de prejuicios; el viejo no, el viejo, como se dice ahora, pasaba hasta de su sombra. Era lo que hoy se definiría, con todo el respeto que profeso al autor de mis días (y de mis noches, que algunas las paso de coña) como un cachondo mental nato. Cuando mi madre fue a quejarse porque yo estaba leyendo las aventuras y devaneos de una casquivana señora del sur como Scarlett O'Hara

con el caradura y capitán unionista Ret Butler, al mismo tiempo que la frívola Scarlett pretendía el amor del marido de su cuñada el buenazo de Asley Wilkes (entiéndase *Lo que el viento se llevó...*) cuando la colaboradora en lo de mis días y noches, decía, fue a elevar al cabeza de familia su más enérgica protesta, el viejo le dijo que el saber no ocupaba lugar y añadió, además, que lo dejara tranquilo.

El viejo era así. Un tío de una pieza.

Y de tal palo... ya lo saben, ¿no?

A los diez años, día arriba día abajo, ya les estaba metiendo mano —¡ojo con las interpretaciones!— a los clásicos griegos y romanos a los que antes me he referido.

Digería las tragedias de Sófocles, las filosofías de Sócrates, Jenofonte y Platón, discípulos del anterior; me tragaba a Plutarco y sus *Vidas paralelas*, Homero, Virgilio... ¡la tira!

También dediqué especial atención a los clásicos españoles del llamado Siglo de Oro: Lope de Vega. Góngora, Quevedo y otros que ahora mismo, por el nerviosismo de estar en directo, escapan a mi memoria. Justo es que les informe que domino con acierto, casi con perfección, la lengua de Cervantes... ¿qué más quieren pedir ustedes, eh?

La lectura de todos estos ilustres caballeros de la pluma la alternaba con alguna que otra novela de putas procedente de Argentina y México que un librero de lance, amigo de la familia y mío especialmente, me suministraba a dosis racionales para no estimular en exceso los apetitos de mi libido y evitar que me aficionara demasiado a darle al manubrio.

Me siguen... ¿verdad?

Supongo yo que se han hecho ya una idea de quién es John Latimer Evans, ¿cierto?

De mayor, me ha dado más por la novela de toda temática y también por las biografías, admitiendo variedad de autores entre los que figuran Harold Robbins, León Uris, William Faulkner, Frank G. Slaughter, William Somerset Maugham... ahora que le nombro, ¡qué fascinante impresión me causaron en su día *Servidumbre humana* y *El filo de la navaja*!

Cabrera Infante, Mario Vargas Llosa...

¡Hombre, precisamente cuando empieza este «rollo» que les

estoy largando, ahora que me hallo en directo frente a ustedes, tengo en mis manos una novela de Vargas Llosa!

Pantaleón y las Visitadoras.

Pero antes de tocar este aspecto de la cuestión voy a explicarles otros apartados y peculiaridades personales, otros apartes de un menda inteligente, cultivado, con don de gentes, locuacidad, encanto íntimo, elitista como yo... ¡y lo largo sin rubor ni falsas modestias!, ¿eh? Porque a mí, personalmente, me joden mucho esos enteradillos que andan por la vida dándoselas de modestos para que se entere todo Dios de que son lumbreras y se les rinda pleitesía tanto por su sapiencia como por la supuesta modestia.

Mucho pedante, mucho ególatra, mucho maníaco intelectual, mucho demagogo y mucho reaccionario anda todavía suelto por ahí.

¡Ah!, soy detective privado. Así, de golpe se lo digo. Y también tal como suena.

¿Qué tal se les ha quedado el cuerpo, familia, ante tan insólita confesión, eh?

Pesquisa, yes.

Pero aquí, sí que tengo que matizar, porque es necesario e ineludible.

Ustedes están acostumbrados, mal acostumbrados, diría yo, a que los detectives norteamericanos, que los conocen a través de películas, televisión y novelas, son unos desgraciados muertos de hambre, con agujeros en la suela de los zapatos, sin un chavo en el bolsillo, metidos en una oficina que ellos mismos llaman cubil donde, consumiendo una petaca de *whisky* esperan el caso de su vida; caso que llega, les conduce al triunfo, la chica se vuelve loca por ellos y de la noche a la mañana son más famosos que el Reagan. Y sucede también en la ficción que ese modelo standard de *private eye* anda a la greña con el teniente o capitán de la Metropolitan Police de su distrito porque los dos se caen sumamente gordos, etc., etc., y todo el berenjenal que se montan los escritorzueros de tres al cuarto en ese tipo de novelería.

Pues de todo eso, nada.

Porque como supongo comprenderán, un fulano de mis características, no pasa hambre, viste como un señor y calza como un millonario, tiene pasta en la cuenta corriente, un chalet y un

apartamento en el gran Manhattan, dos coches, uno de ellos una auténtica maravilla de la casa Porsche, clientes de lo mejorcito de esta puñetera ciudad llena de rascacielos y de mierda, que todo hay que largarlo... clientes que saben perfectamente que el solo hecho de venir a formularme una consulta cuesta un huevo y parte del otro y así sucesivamente.

También voy a tope de secretaria: Patty Alexander. Una preciosidad con la que me acuesto porque no me gusta mentir y la verdad es que Patty y un servidor nos entendemos de coña en lo sexual. Cuando nos apetece... ¡a darle movimiento al esqueleto! Pero sin ataduras, sin convencionalismos, sin nada que coarte nuestra propia libertad. Como tiene que ser, queridos. ¡Que hay mucho retrógrado y mucho reprimido por esos caminos de Dios!

Mi cuerpo... he dicho que les haría un esbozo del estuche que almacena tantas virtudes y semejante fuente de saber. Las señoras aquellas ya saben, ¿no? Se saltan una página y a otra cosa. Soy pelirrojo y llevo el cabello largo, como cubriendo por entero las orejas, porque a mí me la trae floja que un filósofo alemán, el amigo Arthur Schopenhauer, andará pregonando no sé qué gilipollez sobre los cabellos largos y las ideas cortas... mis ojos son grandes y azules, nada de soñadores sino con mirada pragmática, que entran a saco en la azotea de los demás y le pasan a mi cerebro conclusiones concretas acerca de con quién me estoy jugando la tela. Mi cutis en contraposición con el color de cabellos y pupilas es más bien atezado, moreno, lo que me presta un caché sexy que no se puede aguantar. El mentón levemente pronunciado, labios carnosos... ¿por qué no le preguntan a Patty cómo besan, eh? Y un hoyuelo en la barbilla marca de la casa, característica hereditaria de los Evans. Me voy de largo a los ciento ochenta y cuatro centímetros, se hacen la idea, ¿no?, nada de grasa, todo puro músculo y llevo como quince años pasando por el gimnasio entre judo, karate y taekwondo; o sea, como para andar discutiendo conmigo.

Sobre los policías del distrito donde se ubica mi oficina —1067 de Arthur Kill Road, en Staten Island frente al Outbridge Crossino —, un espectacular edificio de modernísimos apartamentos con amplios ventanales que se asoman por un lado al azul del río y por otro al fragante verdor del Veterans Park... respecto a ellos, los

policías, ni idea. No los conozco me parece que ni de vista. Ignoro que existan... aunque me consta que ellos sí saben de mí.

Nunca hemos tenido problemas... nunca *han querido* tener problemas conmigo.

Éste es, en directo por supuesto y contado por él mismo, a grandes rasgos, un señor de veintisiete años llamado John Latimer Evans.

Yo.

J. L. para los más íntimos.

Y aquí ando en mi despacho leyendo *Pantaleón y las Visitadoras*, para distraer la mañana, porque yo sólo recibo por las tardes de 4 a 7. El que vale, vale... y el que no, ¡a escribir novelas!

Hay que vivir, familia, hay que vivir. ¡Que son nada más cuatro días! Y todo lo que uno pueda llevarse para lo bueno y lo malo es, ni más ni menos, lo que se lleva. Hay que procurar pasarlo en grande y desperdiciar poca adrenalina.

Bueno, queridos. Con permiso, seguiré, tras mi intervención felicísima en directo con los problemas de Pantaleón Pantoja y sus Visitadoras. Vargas Llosa me cae bien. Me va su estilo peculiar de mover la pluma.

—¡Eh...! ¿Qué pasa ahora en la puerta? Vaya, Patty. Cada día llega más tarde.

Ahí la tenemos. Bueno, ahí la tengo. Con toda su carga de hermosura y su electricidad estático-sexual.

Apetece a cualquier hora, ¡palabra! Menos mal que procuro controlarme.

—Buenos días, bonito —saluda y viene a besarme en la boca.

¡Parece tener miel en la lengua la puñetera!

—Hola... —Y le acaricio aquello que más le gusta a ella que le acaricie.

—No, cariño... —suspira—. ¿Tan pronto? No me tientes... ¡porque tengo unas ganas locas!, ¿eh?

—Pues sí que vamos bien, muñeca. ¿Dónde estuviste anoche?

—En un club porno —se quita la chaqueta de lana multicolor y aparece un fino jersey que ciñe y aprisiona sus pechos firmes y deliciosamente arqueados. Añadiendo—: Nada del otro mundo, cielo. Una amiga me dijo que se trataba de algo nuevo... ¡bah! Menudo aburrimiento. Te estuve llamando a la una y no

contestabas.

—Fui con Joseph a darle al póquer.

—¿Con suerte o sin?

—Me quedé en paz. A Joseph le volaron los últimos cien pavos...

—Y como es lógico —asegura, sentándose en su mesa frente a mí y cruzando sus exquisitas, largas y fabulosamente contorneadas piernas—, le hiciste un préstamo. A cuenta de futuros servicios, ¿no?

Joseph Reno es un colega. Un chaval fabuloso tanto a nivel humano como profesional, al que la suerte tiene en el olvido. Colabora conmigo cuando el asunto lo requiere y su efectividad, disciplina y sentido del deber son dignos de todo encomio y mucha mejor fortuna. Pero la vida es así.

—Aciertas.

Patty se arregla una media con exhibición de dulce, roja y brillante bragueta. Viene con ganas de juega. Y como siga jugando vamos a la cama de cabeza. Se fija luego en el libro que sostengo entre las manos y pregunta:

—¿Aún estás con *Pantaleón y las Visitadoras*?

—Me gusta saborear la letra de imprenta, primor.

—¡Y que lo digas, tito! ¿Piensas acabarlo algún día?

—Sí... y me dolerá. Porque Pantaleón Pantoja es un personaje complejo, completo e incompleto al mismo tiempo.

Humano y sencillo. Traumatizado también y consciente de sus limitaciones que trata de suplir con agónicos esfuerzos personales para cubrir las lagunas que se abren en su trayectoria profesional por falta de inteligencia y recursos. Pero se hace simpático... acabas queriéndole. ¡Si supieras el follón que tiene para contratar a las Visitadoras que han de satisfacer las apetencias sexuales de la tropa!

—Así... —sonríe la picara y deliciosa Patty, entreabriendo esos labios de caramelo carmesí que esconden su lengua melosa—, ¿las Visitadoras son putas?

—Más o menos. Pero en boquita tuya queda mejor Visitadoras, ¿no?

—¿Demagogia moralizante de buena mañana, amor?

—Buenas costumbres, prenda —le sonrío.

Y en el instante que Patty va a elegir —lo noto porque la

conozco muy bien— para echarme los tejos, y si me hago el loco para decirme abiertamente que tiene ganas de ir a la cama... en ese momento, el campanilleo del teléfono me salva.

Patty frunce el ceño.

—¡Qué oportuno!

Y de mal talante se lleva el auricular a su orejita.

—Oficina del detective Evans, ¿quién llama?

—...

—Sólo recibe por las tardes. De 4 a 7 —la oigo contestar a lo que le dicen desde la otra punta.

—... —Quienquiera que sea, insiste.

—Mire, le he dicho...

—... —El autor de la llamada la está interrumpiendo.

—¡Bien, bien, de acuerdo! Si tan urgente es... —Tapa el microauricular, me mira y anuncia—: Una tal Maureen Yarza. ¿La conoces?

Niego con la cabeza al tiempo que descuelgo mi supletorio.

—John Latimer Evans al habla —anuncio—. ¿De qué se trata, señorita Yarza?

Y me dicen al otro lado, con voz dulce, cálida y tremendamente excitante.

Me dicen lo que ustedes sabrán dentro de unos instantes, porque el directo toca ya a su fin.

... Y TERMINO CONTANDOLO YO

Porque ustedes no esperaban menos de mí, ¿verdad?

En directo, sí.

Que es como las cosas tienen su valor, su mérito, su gracia.

Cuando Patty me ha visto en el dintel de la puerta de su apartamento, al abrirla —y vamos ya al grano, que es lo que a ustedes les interesa—, se ha puesto hecha un basilisco.

¡Me ha dicho de cosas...!

Algunas que ni yo me atrevería a repetir.

Después... ¡lo que son las mujeres cuando le quieren a uno!, me ha dado de besos, de abrazos... ¡Era para verla!

Le he advertido que venía jorobado, que no estaba para muchos trotes.

—¡Siempre sales con la misma historia! —ha exclamado, sin creerse de veras que no... que no es eso.

¿Me comprenden, cierto?

Lo primero que ha hecho después de llevarme al *living* y acomodarme en la mejor butaca... ¡ha sido traerme un pijama!

Un pijama. Así, como lo leen.

Y se ha empeñado, lógicamente, en ponérmelo.

Me he dejado... porque no he aprendido todavía a tener un «no» para las mujeres como Patty.

Ahora, meneando su cuerpo exuberante como una gatita en celo, está preparando un par de *whiskys*.

Temo que en el mío diluya cualquier sustancia afrodisíaca de esas que deben emplear en el balneario de Creta para viejos chochos, acabados, decrepitos, pero podridos de millones.

Aunque yo, la verdad, por cansado que esté... si hay que responder, ¡se responde y punto!

Hombre, ¡eso sí que es una suerte! Acaba de sonar el timbre de la puerta.

—¿Esperas a alguien? —le pregunto a Patty.

Me mira asombrada.

—¿Yo...? ¡Qué sé quién diablos será!

—Abre y saldremos de dudas, bonita —le digo.

Y lo hace.

Maureen entra como un vendaval apartando a mi secretaria con policial violencia.

Se planta ante mí, brazos en jarras, exclamando:

—¡Cerdo...!

—¿Cómo has sabido que estaba aquí, bonita?

—Eso... —Se revuelve hacia la otra— se llama Patty. Y es tu secretaria. Y yo soy policía, ¿no?

—Y el chivato de mierda de Joseph Reno fue quien te avisó de que iba a casa de Talía Brown y quién te ha dado esta dirección cuando le has llamado para preguntarle dónde vivía una tal Patty, ¿cierto, polizonta?

Maureen se arrodilla frente a mí dejando descansar su cabecita azabache sobre mis piernas.

—Perdóname, por favor...

—¡Pero...! —grita, reaccionando al fin, Patty—. ¿Es que tengo que aguantar todo este montaje en mi propia casa?

—Cállate —le ordeno. Matizando—: Y si no te sientes cómoda lárgate a dar una vuelta por ahí, ¿eh?

—¡Te juro por éstas...! —Se desespera, besando varias veces una cruz que ha formado con el pulgar e índice de la diestra—, POR ESTAS, ¡que es la última guarrada que me juegas, John Latimer Evans!

—O. K. Pero ahora cállate, ¿eh?

Se esfuma.

Maureen está sollozando.

—Eras amiga de Sonia, ¿verdad?

Asiente, con un hipo convulsivo.

—Sí... Nos criamos en el mismo orfelinato. Las dos nos quedamos sin padres a muy corta edad. Fuimos creciendo allí y nuestra amistad creció con nosotras mismas. Pero luego, al salir, cada una eligió distintos caminos. Yo, procuraba reconvenirla,

hacerle de madre y amiga al ver el sendero erróneo por el que corría. El día en que me presentó al tal Jackson, no sé por qué, intuí que se estaba labrando su definitiva desgracia.

—No te equivocaste —acaricio sus hebras de azabache seda—. ¿Saben los de tu departamento que acudiste a mí?

Alza la cabeza sobresaltada.

—¡No... claro que no!

—Entonces... —le sonrío con fingida frialdad ahora—, ¿quién se hará cargo de mis honorarios?

—¡Yo...! —exclama, toda digna ella. Y agrega—: Te pagaré como sea.

—¿Como sea? —interrogo con doble intención.

Entiende y responde:

—Sí... —Y matiza—: *Como sea*.

Le repito una pregunta que ya le había formulado en nuestro primer contacto:

—¿Por qué yo precisamente, Maureen?

—No fueron las páginas amarillas, como te dije en principio. Había oído hablar mucho sobre ti en el departamento.

Y es raro que entre policías se hable bien de un *private eye*. Pensé, pues, que eras el idóneo. El que podías llegar pronto, como realmente lo has hecho, al fondo de la verdad. Tú tienes tu código, tu propia ley... pero una ley que favorece tus movimientos y no como la que atendemos nosotros, que la mayor parte de las veces, no hace más que frenarnos.

—Pero los de Salubridad, Buenas Costumbres y todo ese rollo macabeo que se han montado en tu departamento, no teníais nada que ver con el asesinato de Sonia, ¿o sí?

—No, directamente no. Pero la muerte de ella era algo trascendental para mí.

Tomo su carita entre mis manos y la levanto, diciéndole:

—Ya he encontrado la manera de que satisfagas mis honorarios, nena.

Veo un chispazo de prevención en sus maravillosas pupilas negras.

—¿Cómo, J. L.?

Me cuesta decírselo. Y es que un hombre inteligente, cultivado, elitista como yo... entiende que no puede decir según qué burradas.

Pero si me lo callo, lo pasaré muy mal el resto de mis días.

—Casándote conmigo.

Maureen, ahora, desorbita los ojos.

—¡J. L.! ¿Hablas... hablas en serio?

Y hace acto de presencia Patty, respondiéndole:

—Sí habla en serio, hija. Porque desde que lo conozco jamás le había visto poner esa cara y esos ojos de carnero degollado. ¡Dile que aceptas y llévatelo corriendo antes de que se arrepienta!

Las mujeres, o se sacan los ojos... o se apoyan como condenadas.

Porque Maureen se pone en pie de un brinco, tira de mi brazo con fuerza, exclama:

—¡Venga, vámonos! ¡Vamos por esa licencia matrimonial!

—Pero... —Trato de objetar—. ¡Maureen! ¿No ves que voy en pijama?

—¡Aunque vaya en cueros, chica! —grita la colaboracionista Patty—. ¡Ponlo frente al juez y que diga, dos veces por lo menos, «sí quiero»! No te fíes si sólo lo dice una...

Y le echa una manita a Maureen para arrastrarme hacia la calle.

¡No somos nada, no!

Y que ustedes lo digan.

FIN



Francisco Caudet Yarza (Barcelona 1939), ya en la infancia manifiesta su inclinación hacia la literatura y se apasiona con la lectura de clásicos franceses y rusos (Dumas, Tolstoi, Verne), autores que simultánea con los españoles de la novela de kiosco como Mallorquí, Donald Curtis, Mark Halloran y otros, en especial Guillermo López Hipkiss con el que se identifica de tal modo que, pasado el tiempo y siendo ya un profesional de la novela popular, reconoce que él ha sido el auténtico detonante de su vocación literaria. Debuta en 1965 en el mundo de los «bolsilibros» con la madrileña Editorial Rollán que le publica su primer original en la legendaria serie

FBI,

con el título de Enigma. Dos años después la barcelonesa Bruguera le ofrece un contrato de colaboración en exclusiva para novelas de bolsillo, empresa que comercializa durante años sus originales que rozan los cuatrocientos títulos y que firma con el más conocido de sus seudónimos: Frank Caudett. Con el devenir del tiempo incursiona en otros ámbitos literarios y publica con diferentes editoras, entre ellas Edimat, Libsa, Planeta, Ediciones Obelisco, etc. Algunas de sus obras más significadas son: Al correr del tiempo..., Generaciones Castradas, Historia Política de Cataluña

1880-1936,

Las profecías de Nostradamus, Franco resumen biográfico y es autor, junto con su esposa, la documentalista María José Llorens, del primer libro sobre la Ouija que se publica en la España de la transición. Desde hace varios años colabora con un *holding* editorial sudamericano.

Multieditors de Promociones, S. L., *holding* sudamericano antes aludido, es la editora que publica actualmente la totalidad de su producción literaria, repartida en diferentes colecciones, según las respectivas temáticas. Death Club es una serie policiaca, lo que hoy se conoce como «novela negra», en la que volviendo a su legendario seudónimo de Frank Caudett, han aparecido varios títulos suyos. El último, La Starlet, según los informes que le facilita la propia editorial, ha recibido el beneplácito de la asesoría literaria y también una favorable acogida por parte del público lector.

Utilizó los

ALIAS:

- Frank Caudett.
- Frankie Cauyarz.
- Kyle Brown.
- Michael Bannister.
- Montana Blake.
- Ariel Sinclair.
- Winston McNeil.

Notas

[1] En el argot, cualquier juego de azar, considerado ilegal. (N. del A.). < <